

LA FLOR

DE LA SOLEDAD.



T. Uehle

LA FLOR



DE LA SOLEDAD.

POR

GUILLERMO BLEST GANA.

RESERVADO



RESERVADO

SANTIAGO.

IMPRENTA DEL PAIS,

Calle de las Cenizas, contigua a Santa-Ana.

—
1857.

A GUILLERMO MATTA.



Mi querido Guillermo : te dedico esta leyenda, no porque tenga de ella una alta idea ; sino, porque siendo un trabajo que miro con afecto, he deseado, al publicarlo, unirle el nombre de un amigo querido.

Una triste circunstancia hizo que esta fuese terminada, i no corriese la misma suerte de tantas otras que duermen aun en mi cartera, donde talvez quedarán para siempre. En 1854 la muerte, arrebatándonos un ser querido, habia cubierto de luto las alegrías de nuestro hogar, i yo, enfermo de alma i cuerpo, fuí a buscar en los campos del sur la salud del uno i la tranquilidad de la otra. Entre varios trabajos comenzados de largo tiempo atras, encontré esta leyenda, i deseando distraer mi espíritu de las penosas ideas que lo ocupaban, me entregué con ardor a su compo-

sición. Mas de una vez, al trazar esas páginas en mis horas de soledad, encontré en ellas, sino el consuelo, inútil e imposible en ciertas ocasiones, a lo ménos la dulcificación de mis pesares; i mi *Flor de la Soledad* ha sido la compañera de mis largas escursiones por los bosques i de mis meditaciones solitarias. Si tiene algun mérito a mis ojos, es este sin duda alguna.

En ella he querido pintar algunos de los cuadros de esa naturaleza rica i feraz de nuestros campos, aprovechándome de la historia que le sirve de argumento, como de un marco en que colocar las grandiosas escenas que diariamente tenia ante mis ojos. Acaso no lo he conseguido; acaso no he hecho mas que dar a esos cuadros, no el propio, sino el colorido de los pensamientos que entónces me ocupaban. ¡Estraño poderío el que nuestro espíritu ejerce sobre la muerta materia, que hace de la naturaleza el espejo de nuestras emociones, la vibracion de nuestra conciencia, la blanca cera que modelan las variadas modificaciones de nuestros ocultos sentimientos! ¡Es el caprichoso anhelo del corazon, que en su aridez o en su soledad busca la savia de vida agotada en él, o un discreto confidente que no encontró en el mundo, o el alma misma de la Providencia, que voltijeando en el aire, oculta en las hojas, deslizándose en las aguas, evaporándose en la luz, ofrece a nuestro devaneo el seno infinito de su infinita amistad en que espaciar a nuestro sabor la inmensidad de nuestras penas, de nuestros goces, de nuestras esperanzas, de nuestras inquietudes...? No seré yo quien lo resuelva, pero si sé que la soledad es una dulce compañera, i que la naturaleza es para el desgraciado, como las lágrimas para el dolor.

Ignoro, i no soi yo quien debo decirlo, si *La Flor de la Soledad* tiene mérito alguno; pero alentado por la favorable acogida que el público i la prensa dieron a

mis primas poesías, me atrevó a publicarla, i espero que tú la mirarás, no como una obra literaria digna de ofrecerse a un poeta, sino como el trabajo consolador de un compañero de infancia, como el recuerdo de un amigo sincero.

Enero 3 de 1855.

G. Blest Gana.



[Escribí las líneas que anteceden cuando tres años há pensé dar a luz esta leyenda : desde entónces, mi vida errante i ajitada me ha prohibido hacer en ella las muchas correcciones de que harto necesita.]

LA FLOR

DE LA SOLEDAD.



I.

ANTECEDENTES.

Años hace:--tan pronto se deslizan,
Que apénas nuestro débil barquichuelo
Entra al mar de la vida,
Cuando en rápido vuelo
La playa abandonamos que tapizan
Las infantiles flores, i perdida

La lloramos despues, cuando ajitados
Por furiosas tormentas, que destrozan
El pobre corazon, acongojados
Intentamos volver ; pero es en vano,
En valde es que esa playa divisemos,
Un poder sobrehumano
A alta mar encamina nuestros remos.
I así pasa la vida : cada dia
Dejamos mas atras la playa amena
De do salimos con el alma llena
De candor, inocencia i alegría.

I es fuerza así marchar : los breves años
Hacen que el niño deje abandonada
De su cuna infantil la blanda almohada
Donde halagaron su cabeza, estraños
Sueños de dicha, que jamás sus ojos
De este mundo hallarán en los abrojos.

Llevado así por la veloz corriente
De los fugaces años, se halla luego
Ardiendo en sacro fuego
Su puro corazon, su noble frente :
Ya no le halaga el inocente juego
De su pasada edad, ni encuentra ahora
En los tranquilos goces de otros dias,
Placer que sacie el ansia que devora
Su jóven corazon. En las sombrías

Horas de paz de la callada noche
Sus párpados no cierra el dulce sueño,
Sino que finje con porfiado empeño
Fantasmas bellos, ánjeles hermosos
De placer i de amor, que cariñosos
Sonrien al pasar, o ya su mente
Con ilusoria tinta
Cuadros de gloria i ambicion le pinta.

¡Feliz, si entónces algun golpe rudo
No viene a destrozár su corazón!
Si en la belleza no encontró sañudo
El engaño fatal! si su ilusion
No vió desvanecerse en el momento
En que el dolor entró en su pensamiento!
¡Ay! si se rasga en esa edad temprana
Ese májico velo que engalana
Cuanto al travez se vé! misera suerte!
Golpe horrible, fatal, golpe de muerte,
Que hiere el alma en su primer mañana,
I la hace semejante a la flor pura
Que brota de un zarzal en la espesura:
Roto al nacer su cáliz, el rocío
No puede contener i desfallece:
I lleva entónces en su pecho frio
La tumba en que padece
Muerto para el placer, un corazón,
Vivo para el dolor i la afliccion!

Pasa por fin : los años a su frente
Lo terso quitan ; a sus ojos vivos
Su brillo juvenil ; a su alma ardiente
Su entusiasmo, sus bellas ilusiones,
Sus nobles esperanzas i ambiciones,
Sus sencillas creencias, su alegría,
I al corazon, su amor, su poesía!
Pero si esto le quitan, ¡ay! le añaden
Patillas a su rostro, a su cabeza
Algunos blancos pelos, i gordura
Respetable a su cuerpo. Con presteza,
Por colmo de ventura,
De fastidio una dosis no pequeña
Viene su vida a hacer mas halagüeña.

Es entónces el hombre mas juicioso
I todo al sábio cálculo sujeta ;
Mira por la mañana la gaceta,
Da en la tarde un paseo provechoso,
En la noche, entre amigos,
Habla sobre política, i no es raro
Que en tono mesurado i bien compuesto,
Declame sin reparo
Con notable osadía
Contra el poder, que llama tiranía,
Todo sin *compromiso*, por supuesto,
I sin que impida que al siguiente dia
Al entrar en la cámara, sus diarias
Opiniones olvide, i facultades
Conceda extraordinarias,

Para que de los pueblos el destino
El gobierno dirija con mas tino.

I despues, i despues, ¡ay! tu achacosa,
Miserable vejez, trémula llegas
Con tu boca sumida i cavernosa,
Tu calvo cráneo, tu marchita frente,
Tu rugosa mejilla i turbios ojos,
Tu vacilante andar que causa enojos,
Cuerpo doblado i alma que no siente!
Tu me causas horror! odio instintivo
Tuve siempre por tí; yo te aborrezco
Con todo el corazon, problema vivo!
I mil veces me irrito, me enfurezco,
Cuando pienso que al fin llegará un dia
En que de mí reirás, vejez impía!

Eres bien miserable! oh, quien pudiera
El curso detener de su carrera
I no llegar tí! mas paso a paso,
Dejando atras el ruido i la alegria,
Perdiendo cada dia una esperanza,
Una ilusion perdiendo cada dia,
I mas perdiendo cuando mas se avanza,
A tí se llega con el alma henchida
De la hiel recojida
En nuestro curso rápido, i helado
El triste corazon, que tantos años

Las nieves recibió! I tú, ni engaños
Tienes con que agradar edad maldita!

En tí, ¿qué hai de halagüeño?
Qué nos muestras de dulce o de risueño?
Di, ¿tienes algo que a gozar incita?
¿Nos das acaso ideas de bonanza?
Tú, das tristes recuerdos, tu amargura;
I cuando mas nos das una esperanza
Velada siempre por neblina oscura,
Que alumbra apénas nuestra triste vida,
Como la luna a veces suspendida

Del alto firmamento,
Lámpara funeral que mece el viento
Mas bien parece al despedir un rayo
Pálido i moribundo

Sobre el dormido mundo,
Que asi callado, por su sueño intenso
Tambien semeja ser sepulcro inmenso
O como esos reptiles luminosos

Que su luz que no alumbra
Muestran entre las sombras de la noche.
I sin embargo, hai muchas que dichosas
Se creen contigo, estúpida vejez.
Bien pensado.... razon tienen talvez,
Que al fin se vive asi de cualquier suerte,
I nadie sabe qué hai tras de la muerte.

En conciencia, lector, cuanto va dicho
Puedes decirme que no vale nada;
I que hallas de mal gusto mi capricho

De quejarme, que es cosa tan usada,
I que es viejo i trillado este sendero,
Que no soi ni el primero ni el segundo,
Que ya lo han dicho autores infinitos

Desde el divino Homero,
Al cantor inmortal del Diablo Mundo.
Mas, ¿qué no es viejo ya? el mundo mismo
Si cabellos tuviera, no estarían
Mas blancos que la nieve? No se crían
Los mismos peces en el mismo abismo
Del azulado mar? i en siglos tantos
Como hace a que ese viaje misterioso
Sigue la humanidad, errante i ciega,

Sin encontrar reposo,
¿Cuál es el gran tesoro que nos lega?
Ha alcanzado el fantasma que persigue
I que llama verdad? i que consigue
Después de tanto afán i tanto apuro,
Sino dormir en un rincón oscuro!

Años hace,--lector, i estas han sido
Las palabras malditas
Que a tan grandes embrollos me han traído,
I a estas disertaciones eruditas.
Mas no pido perdón, no, mis lectores,
Como hipócritamente ahora lo hacen
Todos nuestros modernos escritores;
Pues si las digresiones no te placen
No me perdonarás; i aquí es preciso
Que te dé desde luego un buen aviso.

Las digresiones de mi pluma nacen
Con intencion a veces, i otras muchas
Sin saberlo yo mismo, cuando rienda
Suelta doi a mi loca fantasía :
Si no te gustan, i enfadado escuchas,
Cierra el libro, lector, porque a fé mia
Bastantes has de hallar en mi leyenda.

Años hace, lector, de la frontera
Del reino como, entónces se decia,
En una fecundísima pradera
En soledad pácifica vivia,
Léjos del mundo i su tumulto vano,
Al lado de su hija, un buen anciano.
Era el dicho señor mui bondadoso,
I adoraba a su hija, sola prenda
Que le restaba de un amor dichoso,
Aunque oríjen de males, que trajeron
La pérdida de parte de su hacienda,
I su reposo i calma destruyeron.

Pues los últimos años
Que habitara en Santiago el buen anciano,
Le dieron tan amargos desengaños,
Que aborrecer le hicieron,
Con justas causas, el linaje humano.

Es el caso, que entónces, como ahora,
Las pasiones jugaban

Con los destinos de los hombres : ora
Abatiendo al que ayer al cielo alzaban,
Ya en carro de victoria
Llevando otros al templo de la gloria.
I del anciano la fatal estrella
Quiso darle en su esposa, amante, bella,
Casta, inocente i pura,
El oríjen de amarga desventura,
Pues por aquel entónces, su belleza
Trastornó la cabeza
De un magnate opulento i poderoso
De tal modo i manera, que rabioso,
Desesperado al fin de poseerla,
Por todos medios procuró perderla,
Asi es, que el pobre esposo,
Viéndose en todas partes perseguido
Perdió su dulce paz i su reposo ;
I ella, infeliz, buscaba en su marido,
I en su hija, sus únicos amores,
Consuelos a su afan i a sus dolores,

Asi pasaron de azarosa vida
Casi dos años, al concluir los cuales,
Para colmo de males,
Ella se halló con la salud perdida ;
I el pobre anciano triste se encontraba,
Solitario i aislado,
Rodeado de asechansas i enemigos,
Por todos a la vez abandonado,
Aun por aquellos mismos que contaba

En su próspera suerte por amigos.
Al fin, se resolvieron
A dejar a Santiago, i sin tardanza
A los campos del sud se dirijieron.
¡Pero la mala suerte a todo alcanza!
I en Concepcion al desgraciado esposo,
Abandonó la esposa desgraciada,
Para entregarse al eternal reposo.
Allí la muerte, siempre despiadada,
Con iracunda mano
Rompió de un golpe sus eternos lazos,
Dejando al pobre anciano
Solo con una hija entre sus brazos!

I entonces, extranjero
Del mundo a los amores,
Desengañado i triste
De la ciudad huyó,
I solo con su hija
Consuelo a sus dolores
En la frontera fértil,
El infeliz buscó,

I el desgraciado prófugo
Huyendo el trato humano
Que derramara en su alma
Tanta tristeza i hiel;
Creyó que en las rejiones,

Que habita el araucano,
Le fuera el bosque, al menos,
Mas que los hombres fiel.

Porque cuando sufrimos
I nadie nos consuela;
Cuando de creer se deja
En la amistad o amor:
Cuando tras hechiceras
Visiones ya no vuela
El corazon, que pierde
Su juvenil ardor;

Cuando la fé nos faltá,
I el corazon se oprime
Bajo el enorme peso
De irremediable mal;
Cuando la muerte sorda
No oye que el pecho jime,
I en lo mas caro e íntimo
Nos da golpe fatal;

Cuando miramos todo
Por nebuloso prisma,
Que sus colores lúgubres
A cuanto vemos dá;

Cuando en amargo piélago
De lágrimas, se abisma
El corazon, que exánime
Sus fuerzas pierde ya;

Cuando recuerdos tristes,
Fantasmas del pasado,
A nuestra mente traen
Cuanto se escucha i vé,
I el alma es semejante
Al árbol deshojado,
Que mira desprendidas
Las hojas a su pié;

Entónces, anhelantes
La paz apeteciendo,
Allá en las soledades
La vamos a buscar,
I la montaña i prado
I el bosque recorriendo,
Un eco a nuestras penas
Queremos encontrar.

Amamos el silencio,
La soledad amamos,
Porque allí sin testigos

Podemos meditar :
I con encanto triste
La tarde contemplamos,
Creyendo que pudiera
Sentir nuestro pesar.

I amamos el arroyo,
Los árboles del monte,
De los nocturnos astros
El pálido esplendor,
Las luces que se estinguen
Allá en el horizonte,
Las quejas de los vientos,
I la silvestre flor.

I hallamos, que la mano
Del Hacedor divino,
En la naturaleza
Nos dió, i la soledad,
Amigos que no engañan
A pobre peregrino,
Amigos que comprenden,
I calman su ansiedad.

Así el anciano mísero,
Que arrojara a un abismo

La injusticia del hombre
Mas bárbara i crüel,
Se fué a las soledades
Huyendo de sí mismo,
Huyendo a sus recuerdos,
Que marchaban con él.

I en esa tierra hermosa
Que bendijera el cielo,
La tarde de sus días
Quiso dejar correr,
Teniendo solamente
Por único consuelo
A su hija, eco viviente
De su fugaz placer.



MARÍA.

En la soledad aquella
Miró a su hija idolatrada
Crecer, contemplando en ella
La imájen querida i bella,
De una mujer adorada.

I mil veces los rigores
De su vida borrascosa
Olvidaba, i sus dolores,

Al ver esa flor preciosa
Del verjel de sus amores.

I cuánto felicidad
Nos da en la mundana vida,
Patria, familia, amistad,
Concentró en la flor querida
De su triste soledad.

I en la rústica morada
Donde el anciano vivía,
De todo el mundo ignorada
La hermosísima María
Creció amante i adorada;

Siendo su placer, su anhelo,
Vagar por el bosque umbrío,
Jugar en el arroyuelo,
O entre las ondas del río
Mirar retratarse el cielo.

I érale grato admirar
El rojo sol en oriente,
Su carrera contemplar,

I verlo en la tarde, ardiente
Bañarse en el ancho mar ;

O ya trepar animosa
Un alto cerro despues,
Mirando altiva i dichosa,
Como una alfombra a sus piés,
Tendida la selva hojosa ;

O ya en la siesta buscar
Lecho de yerba pajiza
Bajo un roble secular,
I los ayes escuchar
De el aura que el agua riza ;

O ya en la tarde amarilla,
Del crepúsculo a la luz,
Vogar en una barquilla ;
O doblando su rodilla
Rezar al pié de una cruz.

Que en su inocencia creeia
Mirando la creacion,
Que era verdad la alegria

Que por do quiera vertia
En su falaz ilusion.

Sin ver ni pensar que aquellos
Tintes, i puros colores,
Eran tan solo destellos
De sus ensueños tan bellos
En sus primeros albores.

Era la vida, el ardor,
La luz risueña i galana,
El torrente abrasador,
De un alma llena de amor
En su primera mañana.

Porque la naturaleza
Segun se mira, varia,
Teniendo, en una belleza,
Para el alegre, alegria,
I para el triste, tristeza.

Porque en los bellos tapices
Que tiende en el fértil suelo,
I del bosque en los matices,

Hallan placer los felices,
I el desgraciado consuelo.

I así del mundo olvidada
Aquella hechicera niña,
Pasó amante i adorada
De su vida la alborada,
En la risueña campiña.

Mas como no se mantiene
Nada estable en esta vida,
I todo término tiene,
I ningun poder detiene
Del tiempo la eterna huida ;

Esa niña, que en las flores,
I en los árboles pusiera
Los sueños de sus amores,
Sintió en su pecho una hoguera
De misteriosos ardores.

Sintió abrasarse su frente,
I escuchó voces mas suaves
Que el suspiro del ambiente,

Que los cantos de las aves,
I el murmullo de la fuente.

Pues al declinar un día,
Perdido en la inmensidad
De la floresta sombría,
Un jóven halló a María
En aquella soledad.

I el jóven encontró en ella
La vision de sus ensueños,
De sus amores la estrella:
I ella en él, la imájen bella
De sus juveniles sueños.

I en los ojos de María
El halló un facinador
Encanto que lo embebia:
I ella en los suyos, veía
Todo el fuego del amor.

En ella de su ilusion
Querida, i desear secreto,
El vió la realizacion:

I ella en él, el puro objeto
De su primera pasion.

I ambos, sin saber acaso
Que se amaban, de María
Al hogar guiaron el paso,
Mientras el sol en ocaso
Entre nubes se escondia.

Allí el jóven i la hermosa
Pasaron algunos dias
De una vida deliciosa
De inocentes alegrías,
I de esperanza amorosa.

I por misterioso arcano,
Dejando su humor sombrío,
Hasta don Lope, el anciano,
Al jóven llamó, hijo mio,
Estrechándole la mano.

I en los dias que corrieron
Él i la niña inocente
Crecer su pasion sintieron,

I cuando adios se dijeron
Se amaban ya locamente.

Tristes como el que no espera
Hallar nunca la alegría,
Estaban, pues, la postrera
Tarde, que pasar debía
El jóven en la frontera.

I el viejo en tal situacion
Para que mas no se aflija
Con triste conversacion,
Dijo que cantára a su hija,
I ella entonó esta cancion :

«Piensa en mí, cuando la tarde
« Tienda su manto en el cielo,
« Como un ropaje de duelo
« Que el mundo viste por tí.
« Cuando en la frente serena
« De la noche, mires bella,
« Lucir la primera estrella,
« En tu pesar, piensa en mí!

« Porque es la hora en que el ausente
« Que talvez léjos suspira,
« Morir su esperanza mira
« Con el postrer resplandor ;
« I esa estrella ven sus ojos
« En triste llanto anegados,
« Al recordar los pasados
« Dias de un perdido amor!»

El canto cesó : sus sonos
Largo tiempo resonaron
En esos tres corazones,
Que en esas notas hallaron
Un eco a sus emociones.

Aquella triste cancion
Espresaba sus dolores,
Su esperanza, su afliccion,
Los deseos i temores
De una cruel separacion.

I entónces los três, llorosos
I sobre todo los dos
Jóvenes ántes dichosos,
Se dijeron pesarosos,
I con voz trémula : « adiós. »

III.

LA ENTREVISTA.

Es una de esas tardes que gozarse
Pueden solo en el campo, i contemplarse
En muda soledad : en el ocaso
El moribundo sol una mirada
Lánguida lanza, i con albor escaso
Deja la parda nube matizada.
Cubriendo al mundo con su negro manto
Avanza paso a paso
La noche silenciosa, i vése en tanto
Tímida i temblorosa
Lucir alguna estrella, como suele

Vacilar una lágrima preciosa
El párpado al dejar : el aura impele
Las copas de los árboles, formando
Un vago i melancólico rüido,
Murmullo dulce i blando,
Que el corazon halaga i el oído.
En medio entonan de la selva umbria
Las bellas aves, cantos armoniosos
De una triste dulzura que extasía.
La brisa, los suspiros lastimosos
Lleva de la campiña, que con pena
Se despide del sol: la mar serena
En la playa arenosa en blanca espuma
Sus mansas olas convertirse deja
Cansada de luchar. Mas ¡ai! abruma
Aun en medio de esta paz dichosa
La pena al corazon! todo se queja
Cuanto en torno miramos ; pero luego
Lo veremos en plácido sosiego.
¿El alma solo en tan eterna lucha
Su vida ha de pasar? talvez.... habria....
Dejemos la cuestion para otro dia.

¡Ay! cuántas veces en la selva umbria
Vagué con ella en esta misma hora!
¡I cuántas el crepúsculo cubria
Esa escena de amor encantadora!
Cuántas veces, su mano con la mia,
De la tarde al opaco resplandor
Poniendo por testigo al firmamento,

Me juró eterno amor!
Cuántas, sobre su pecho reclinado,
Embalsamado el aire por su aliento,
Su lánguido mirar apasionado
Me hizo probar tan celestial contento!
La misma hora que otro tiempo fuera
De la dicha mas pura,
Cuántas me encuentra solo en la pradera
Devorando mi pecho la amargura.
Léjos de tí, bien mio, solo vago :
Quizá en este momento
Veloz tu pensamiento
Se dirije hácia mí, i el dia aciago
De mi partida, idolatrada mia,
Se presenta a tu ardiente fantasía!

¡Pasad memorias del placer perdido!
¡Pasad hermosas, perfumadas flores,
Que habeis en mí vertido
El aroma fatal de los amores!
¡Miremos esos campos, esos prados
Esos boscajes fértiles i umbríos,
Esos cerros altísimos, nevados,
I esos hermosos, cristalinos rios!
Allí la mano del Criador sus dones
Prodigó jenerosa,
Poblando aquellas fértiles rejiones
De una vejetacion rica i lujosa.
Selvas, bosques inmensos, do sus nobles
Cabezas alzan los añosos robles,

I el *boqui* con anillos desiguales
Sus troncos envolviendo en espirales,
Como las sierpes de Laocoon, ya forma
 En todas direcciones,
 Bellos arcos triunfales,
O graciosos i verdes pabellones.
Como velo de gaza, transparente,
Desciende por las peñas el torrente
Reflejando del sol la roja lumbre,
Hasta ocultarse aprisa en la techumbre
 De la enramada umbria
Que roba su fulgor al claro dia.
 En grupos caprichosos,
De sin igual i rústica belleza,
Elevan altaneros su cabeza
 Los árboles frondosos.
¡Magnífico desórden! en la faldá
 De la loma vecina

El *maiten*, su cabeza de esmeralda
Hácia la tierra con tristeza inclina ;
I al lado de cipres, que eleva al cielo
 Su follaje enlutado,
Crece el verde arrayan, como el consuelo
Que Dios pusiera del dolor al lado.
Junto al *canelo* de hoja reluciente,
 Está el *boído* de luto
Su tronco entre sus ramas escondiendo.
I entre ellos el *piñon* alza su frente,
Sus simétricos brazos estendiendo,
Con su rojizo i sazonado fruto.
I otros árboles mil, de mil colores,
Enlazando sus troncos i sus ramas

Cargados de hojas verdes o de flores,
Forman mil encantados panoramas.

¡Cuadro espléndido, bello, majestuoso!
¡Cuadro, que el alma recojida admira!
I ahora visto así, con el dudoso
Fulgor del día que en ocaso espira,
Con esa luz incierta
Que a nuestra fantasía abre la puerta,
I nos hace pasear nuestras miradas
Por los campos risueños
Del hechicero mundo de los sueños
I de las esperanzas encantadas,
Es más grandioso, con su encanto vario,
Con su quietud solemne i silenciosa,
Aquel paraje agreste i solitario.
Se creyera otro Eden, que aun reposa,
Antes que venga el hombre temerario
A arrojar a su manto de verdor
Las fecundas semillas del dolor.

Allí el anciano padre de María,
En soledad pacífica vivía.
I en esta tarde en la feraz campiña,
I cerca del arroyo que he pintado,
Sentada se halla una hechicera niña
De rostro puro, apenas sonrosado,
De boca purpurina i pequeña

Que al amoroso beso nos incita,
De grandes ojos negros i rasgados,
De esbelto talle, encantador, lijero,
De lindo pecho i brazos torneados,
De pie pequeño i formas voluptuosas,
I cabellos peinados sin esmero
Que cubren sus espaldas deliciosas.

La niña escucha con atento oído
El mas leve rüido.
Fijos los ojos tiene en un sendero
Que se pierde a la vista en los zarzales
De algunos matorrales,
Como si en su impaciencia pretendiera
Traspasar esa incómoda barrera ;
I su respiracion inquieta i leve
Los blancos pliegues de su traje mueve.
Qué esperará esa niña en este instante?
Porque esa agitacion en esta hora,
Que en calma yace cuanto está delante?
Ah! sigamos su mano encantadora,
Que en la húmeda arena
En escribir el nombre se entretiene
Del que espera talvez... Quién la condena
A esperar de este modo? Mas, ya viene
En un caballo airoso galopando
Un jóven que por nada se detiene.
De aspecto grave, pensativo i blando,
De elevada estatura, i con precoces
Arrugas que se miran de repente

En su espaciosa i marchitada frente,
De hermosos ojos pardos
De mirar dulce i vago, mas que muestra
Un alma noble i fuerte,
Que deja ver apénas el estrago
De algun dolor oculto, que altanero
Pretende combatir hasta la muerte,
Tal es el que lijero
Avanza por el áspero sendero.

I poniendo pié en tierra, diestro enreda
Las riendas del caballo en la espesura,
Ya ha llegado..... ¡estático se queda
Contemplando la májica hermosura
De aquella vírjen pura!
Alza los ojos la hechicera niña
I encuentra la mirada
Ardiente, apasionada,
De su jóven amante : parecia
Que esas dos bellas almas amorosas
A sus ojos se habian trasladado :
No hablaban, ni escuchaban ; discurria
Un no sé qué de dichas deliciosas,
De deleite ignorado,
Por sus venas que hierven de placer.
Tomáralos sin duda un escultor
Viendo en sus ojos ese fuego arder,
Por estátuas del éxtasis de amor.

Ese instante pasó.... ella en los brazos
Se arroja de su amante, un beso imprime
Él en su frente, i con estrechos lazos
Al pecho palpitante mas la oprime.

«Mi María!» dice, al fin balbuciente

El jóven, i su boca

Se niega a decir mas.... i ruborosos

Se apartan al instante....

¡Oh, mil veces dichosos

Los que esos goces puros

Pueden aun disfrutar!

¡Oh, sí, dichosos los que están seguros

Del amor de la bella a quien adoran,

I que cuando los roe algun pesar

Hai unos ojos que por ellos lloran!

¡Dichoso el que en los brazos de su amada

Puede adormir su pena roedora,

I su frente abrasada,

En el seno posar de la que adora!

¡Triste de aquel que el corazon gastado
Tiene por los reveses de la suerte!

En vano desdichado

Tentará remover con brazo fuerte

Las cenizas del fuego ya apagado,

I sin fé, sin amor, i sin ventura,

Le queda solo tedio i amargura!

¡Triste de aquel que el corazon entrega,

Ardiendo en ciego i delirante amor

A una ingrata mujer, que su dolor

I el llanto con que riega
Su estéril corazón, ay, no comprende,
Ni el voraz fuego que en su pecho enciende!
¡Triste de aquel que solitario llora
De un objeto adorado
La amarguísima ausencia! en vano ahora
Ha de buscar el lábio sonrosado
Que en ese instante, con audacia loca,
Besa talvez otra amorosa boca!
El sol alumbrará su crüel quebranto ;
La noche cubrirá su amargo llanto.
¡Triste, mui triste! sí ; pero a qué vienen
Estas lamentaciones, cuando nada
Tienen que hacer con ella los que gozan
De esa dicha ignorada,
De inefable placer, en que rebotan
Esas almas, mas puras que las flores,
Que abren su corazón a los amores ;
Como las de esos jóvenes dichosos
Que he dicho mas arriba, que estrechado
Se hallaban en sus brazos amorosos
Gozando sin cuidados,
De esos breves instantes deliciosos.

Sus corazones vírgenes, ardientes,
Llenos de fuego, juventud i amor,
A su pasión se entregan inocentes,
Acariciando en su infantil candor
La serpiente talvez cuyo veneno
Irá algun dia a empozoñar su seno.

En su inocencia cándida i sencilla
Eterno creen su amor al contemplarse ;
Se estrechan ambos, i en sus ojos brilla
El fuego puro que en sus pechos arde.
Dejadlos, sí, dejadlos extasiarse
En su dicha i su amor... vendrá la tarde
De la vida tan pronto! No, tirana
Horrible realidad, corrais el velo
Que sus ojos deslumbra, que mañana
Veréislo roto descender al suelo!
Dejadlos, sí, que apuren las delicias,
Los indecibles goces de un momento,
Entre mútuas caricias!
¡Oh! sí, dejad que el noble sentimiento,
Que bulle inmenso en sus amantes senos,
Tan puro i celestial forme su encanto!
¡Ay, que esos ojos de ternura llenos,
Verterán luego tan amargo llanto!
Dejad que gocen esa vida inmensa
De ese instante de amor, que a la manera
De los metéoros en la azul esfera,
Brilla una sola vez en nuestra vida
Despues por mil pesares consumida.
De esa vida tan grande, i de un momento,
En que embriagada el alma de contento
Vive una eternidad...! Los que ese instante
De placer celestial no habeis gozado,
Del corazon el ímpetu anhelante,
Detened con cuidado ;
Esperad, esperad que fuerza adquiera
De soportar la dicha que le espera :
No sea, no, que el corazon se agoste

A fuerza de sentir... ¡Lléveme el diablo!
Perdon, perdon si es rudo este vocablo ;
Pero miéntras diserto i aconsejo
Solos al jóven i a la hermosa dejo.

Sin duda que habreis visto, i con encanto
Muchas veces talvez acariciarse
Dos amantes palomas ; otro tanto
Me ha sucedido a mí : me he sorprendido
Varias veces, haciendo entre esas aves
I los enamorados paralelo.
I en efecto, lector, tén entendido,
 Esto es, si no lo sabes
Que hai entre estos dos seres muchos puntos
De contacto, i acaso poco dista
El dia de mirarlos los dos juntos
En el libro de algun naturalista.
Con todo, aquí no creas ni por pienso
Que voi a hablar de semejanzas tales...
Que iba a decir : señor... estoi suspenso...
Los hombres son mui raros animales,
Bufon lo ha dicho, i muchos lo aseguran
I yo tambien entre ellos... i es el caso
Que no hallo aquí como salir del paso.
Un medio se me ocurre, si lo tomas
Estoi sin dilacion del otro lado :
Figúrate, lector, que nunca he hablado
De Bufon, animales, ni palomas,
I esto nada te cuesta, que de cosas
No te figuras viendo las hermosas.

Pero dejemos esto. Ved ahora
Esa amante pareja encantadora :
Tan jóvenes, tan tiernos, i tan bellos ;
Confundidos flotando sus cabellos
Al soplo de la brisa ; sus miradas
Que parecen caricias , revelando
El fuego de sus almas, estrechadas
Dulcemente sus manos, respirando
Con indecible i májico contento
Trémulos de placer, el mismo aliento.
Nuestros primeros padres no tuvieron
Nada de esto talvez i... se perdieron.
Tan tímidos i amantes ; qué completo,
Qué divino placer no saboreaban
Cuando atraídas por iman secreto
Sus mejillas ardientes se rozaban!

Al fin, la niña, trémula apartando
Con su mano pulida i hechicera
Los rizos de su negra cabellera,
Al jóven dice así :—«Fernando mio,
Por qué tanto tardar? ¡Ah, cuánto, cuánto,
Me has hecho padecer! qué amargo llanto
No vertia por tí, cuando creia
Talvez no verte mas! —Ah, mi María,»
El jóven contestó, «qué venturoso
Me haces en este instante. ¿Con qué me amas?
¿Con qué han corrido por tu rostro hermoso

Lágrimas en mi ausencia?— I tú, te llamas
Dichoso al saber esto? —No es extraño.
Temia tanto que en mi larga ausencia
Te olvidases de mí. —Siempre el engaño
Vosotros recelais. —En tu presencia
Pierdo el temor.—¿De veras?—Sí, Maria,
Eres tan candorosa i hechicera
Que si tú me engañases ¿dó estaria
De la verdad la imájen? quién creyera
Si en tí hallarse pudiera la falsía?
Pero cuando estoi léjos, ángel mio,
La luz no viendo de tus bellos ojos,
Todo en redor es tétrico i sombrío
Hasta del mismo sol los rayos rojos
Pálidos me parecen : sufro entónces
Tantas angustias, i pesares tantos!
Tiemblo al pensar que acaso los encantos
De tu alma bella, candorosa i pura
Para siempre he perdido! —Qué locura.
Qué, ¿no sabes que te amo? —Sí, mil veces
Me repito esto mismo : me lo ha dicho,
Ella me ama, es verdad ; mas un capricho
Tambien pudiera ser.... La duda horrible
En mi alma vierte sus amargas heces.
María, piensa ; eternas amarguras
Sufriera i dolor inestinguible
Si el amor olvidases que hora juras.
¡Te amo tanto, mi bien!—¡I yo, te adoro!»
María dice, al pecho palpitante
Do guarda de su amor el gran tesoro,
Atrayendo la mano de su amante.

Fernando arrebatado un beso ardiente
Imprimió con delirio en esa frente.

Cubrió su vista de placer un velo,
Sus lábios se encontraron... todo el mundo
Despareció a sus ojos.... Un profundo
Silencio guarda el aura, con recelo
De turbar su delicia.... ¡Cuadro bello
Que el sol alumbra en su postrer destello!

¡Ah, los ánjeles solo i los amantes
Pueden gozar placeres semejantes!

Los dos amantes a la par dichosos,
En su dicha i su amor embebecidos,
Pasaron un instante silenciosos,
Embargados teniendo sus sentidos.
¡Oh silencio tan grato! deleitosos
Son tus momentos dulces i sentidos!
Tú eres mas elocuente dulce i vário,
Que las voces que tiene el diccionario!

Yo gusto del silencio, i con frecuencia
Me deleita una noche silenciosa ;

El silencio del campo, en mi existencia
Vierte una paz tranquila i deliciosa ;
El silencio me gusta en la conciencia,
Pues siempre la del malo es bulliciosa,
I gusto de silencio, hasta en amores,
I detesto los hombres habladores,

No creas, no, lector, por lo que digo
Que me gustan los mudos : siempre agrada
Dulcemente charlar con un amigo :
Tambien es grato al alma enamorada
Escuchar dulces voces sin testigo ;
I tambien es mui grato en la enramada.....
Et cetera i et cetera : adelante
Escuchad lo que dice nuestro amante.

«Oh! te estrecho, Maria encantadora,
Al pecho palpitante de amor lleno!
Me dice amor tu boca seductora,
Amor me dice tu mirar sereno.
Quién como yo feliz que tengo ahora
Los mil encantos de tu puro seno?
Compararse a tu anjélica hermosura
Pueden solo mi dicha i mi ventura,

«Tu lánguido abandono, mi María,

I el velo de tus párpados cayendo
Da nuevo encanto, da nueva alegría,
A tu mirar, tus ojos entreabriendo.
I tu voz de suavísima armonía,
«Yo te amo!» a mi oído repitiendo,
Mi pecho hace latir con fuerza tanta
Que su cárcel estrecha ya quebranta.»

Una mirada de amoroso anhelo,
De esas miradas dulces, que enloquecen,
I que solo los ángeles del cielo
I las mujeres puras nos ofrecen,
Dió Maria a Fernando. ¡Qué consuelo
A las almas sensibles que padecen
De una dulce mirada que extasía!
¡Yo, solo las conozco por teoría!

Pero no así Fernando : esa mirada
De esos ojos queridos, fué a clavarse
En el fondo de su alma enamorada
En mas amor haciéndola abrasarse.
En tanto el horizonte nacarada
Franja presenta, el sol al ocultarse
Dejóla allí cual muestra de su jiro,
Fernando al verla despidió un suspiro.

María que lo escucha en dulce acento
Dice a Fernando así : «Por qué suspiras?
Qué, ya no eres feliz? El grato aliento
Del amor dulce que a mi pecho inspiras
Dejas ya de sentir? qué sentimiento
Nuestra dicha nos quita con sus iras?
Ah, yo te amo, Fernando, te amo tanto!
Qué, ¿verme quieres anegada en llanto?

«Por qué estás triste pues, mi dulce amigo?
No decías mil veces : a tu lado
Solo vivo, mi bien ; estas conmigo
I el rostro tienes de dolor nublado!
Si disipar tus penas no consigo
Es que no me amas ya, ni me has amado
Nunca talvez.... i yo que te creía
Amante i tierno siempre!—Mi Maria,

«Siempre te amo, te adoro; i quién pudiera
No amarte a tí, bien mio? mi ventura
Es contemplarte bella i hechicera;
Tu voz oír de celestial dulzura,
Que con la voz de un ángel compitiera ;
Embriagarme en tu amor, en tu ternura,
I dices que no te amo!... i yo no aliento
Sino por este amor, que es mi contento.

«Mira, María, rompes en pedazos
Mi amante corazon con tus rigores :
No destruyas con dudas estos lazos
Que benignos formaron los amores.
Ah! déjame, María, que en tus brazos
Mis placeres suspire i mis dolores!
Tú eres mi bien, mi encanto, mi tesoro,
El mismo siempre soi, siempre te adoro!»

Fernando dijo, i en sus ojos brilla
Del corazon el fuego que arrebatá
El rosado color a su mejilla,
I que su ardor i su pesar retrata.
Con la espresion de la verdad sencilla
Las sombras de la duda desbarata,
Que oscurecieron, crüeles un momento,
De la tierna Maria el pensamiento.

Es tan fácil estando enamorado
Dejarse persuadir.... aquí no quiero
Con ejemplos probar por de contado
La verdad de mi aserto ; porque infiero
Que mas o ménos, todos lo han probado.
I es tan cómodo, a mas, en el tintero
Ciertas cosas dejar, por mil motivos
Llenando lo demas con suspensivos.

I suspensivos dije. ¡Salve, invento
De un majin apurado! qué sudores,
Qué letras, qué vijilias, qué tormento,
No ahorras a los *pobres escritores!*
Para probar su precio, quiero un cuento
Referiros, carísimos lectores:—
Habia un escritor, en las rejiones....
Que con ellos llenaba sus renglones.

Pues el tal escritor se hallaba un dia....
Pero estás enterado, i yo lo mismo.
A Fernando sigamos i María
Sumidos de su amor en el abismo,—
Abismo, vino aquí como vendria
Horrízono huracan, fiero ateismo,
De suspensivos la falanje entera,
Si el consonante así lo requiriera.

Pero sin demorar ni un solo punto
Ni siquier suspensivo, lector mio,
Voi a tratar de nuevo de mi asunto ;
Con mas razon ahora que su umbrío
Manto tiende la noche, i yo barrunto,
I no hallo mui prudente, que al rocío
Mi pareja se esté de enamorados,
Que no quiero que mueran costipados.

IV.

ESPLICACIONES.

Es de noche : en un salon
Donde se hallan conversando,
Tras breve meditacion
Dice don Lope a Fernando :

«Me habeis hablado, señor,
Con franqueza, mi hija os ama,
Yo ví nacer ese amor,
I acrecentarse esa llama.

«Lo ví con placer despues,
Porque ya veis, soi anciano,
I os miré con interes
Desde que os tendí la mano.

«Pero entónces ignoraba
Lo que acabais de decir,
I talvez en vos cifraba
De mi hija el porvenir.

—«Señor don Lope.... —Aguardad.
Vos sois jóven, i yo viejo,
I podeis de mi amistad
Recibir un buen consejo,

«Debeis dejarnos, señor,
I olvidar a mi María,
Porque solo vuestro amor
Desventuras os traeria,

«Vuestra familia, ademas,
Aun cuando no mediase
Lo que me decis, jamás
Consintiera en vuestro enlace.

«No soi rico, ni opulento,
I aunque gozé de favor
En otro tiempo, no cuento
Ya con amigos, señor.

«Mi nombre es aborrecido:
Con injusticia es verdad,
Mas el cielo lo ha querido
I hágase su voluntad.

«Sois noble, teneis riqueza,
Mi hija tiene su pasion,
Su inocencia, su belleza
I su puro corazon.

— «Pero hai riquezas que igualen...
—No, lo sé por esperiencia,
Estas cosas nada valen
Donde reina la licencia.

— «Con todo mi corazon
Sabeis que la amo, i prefiero
Su pureza i su pasion
Al oro del mundo entero.

«No falleis aun, señor,
El amor todo lo alcanza ;
I teniendo santo amor
Debo tener esperanza.

«Mi madre no se opondrá
Cuando sepa que es tan bella,
I en María encontrará
Una hija digna de ella.

— «Olvidais vuestra promesa,
Don Fernando?—Ah, no tal.
I ya os lo he dicho, no es esa
Una promesa formal.

-- «No me acabais de decir
Que a vuestra prima la mano
Prometísteis? no cumplir
Fuera un proceder villano,

«Si para vos el honor
No es una voz ilusoria.
--Voi a esplicarme, señor,
Refiriéndoos esa historia :

«Tuvo un hermano mi padre
Que, al espirar, en la cuna
Dejó al lado de mi madre
Dos huérfanos sin fortuna.

«Perdonad si entro, señor,
En detalles tan prolijos :
Mi madre, llena de amor
Los miró como a sus hijos.

«Era la una mujer,
Hombre el otro ; cariñosa
Los vió mi madre crecer
Con sus caricias dichosa.

«Como a suyos los queria,
I sin hacer distincion
Entre ellos i yo partia
Sus bondades, su afeccion.

«I así al lado de mi madre
Fué nuestra vida pasando,
Hasta que murió mi padre
Grandes riquezas dejando.

«A Jerman se encomendó
Despues de ese dia aciago
Nuestra hacienda, miéntras
Me fuí a viajar a Santiago.

«Pasados algunos años
Volvíme a mi bogar al cabo,
I encontré allí graves daños
I en nuestro haber menoscabo.

«Pues miéntras ausente estaba
Jerman, que todo lo hacia
I a mi madre dominaba,
Injentes sumas perdia

«En el juego. Yo llegué
I con empeñoso afan
Los negocios arreglé
Sin disgustar a Jerman.

«Mi primo habia perdido
Su haber, el de Adela, i mas ;
Pero lo ví arrepentido
I de ello no hablé jamas.

«I por no dar un pesar
A mi madre, resolvimos
Estas cosas ocultar,
I así, al olvido las dimos.

«Mas no Jerman, que pensando
Medrar, i siendo ambicioso,
Siguió a mi madre halagando
Con cariño mentiroso.

«I su astucia ha conseguido
Dominar completamente
El ánimo, ya abatido,
De una mujer inocente.

«Pasaba esto, sin que yo
Lo sospechase siquiera,
Hasta que un día me habló
Mi madre de esta manera:

«Hijo mio, voi a hablarte
«De un asunto delicado.
«I pienso un consejo darte :
«Quiero que tomes estado.

«La vida que Dios me diera
«A su fin ya se aproxima,
«I ántes de morir quisiera
«Verte unido con tu prima.

«Adela hará tu ventura :
«Ella te ama, es buena, bella,
«I en la ciudad se murmura
«Que vas a unirte con ella.

«Jerman me lo ha dicho así
«Muchas veces, yo lo creo,
«I la dicha para tí
«En este enlace preveo.»

«Yo aun no amaba, señor,
Ni sabia que esa llama
Un fuego devorador
En nuestras venas derrama.

«Ignorando su poder,
No sabia que el amor,
Es la fuente del placer
I el manantial del dolor.

«Por eso fué que risueño
Dije a mi madre aquel día :
«Si en ello teneis empeño.
«Lo pensaré, madre mía.»

«Mas la mujer que se sueña
Yo en Adela no encontraba ;
La habia visto pequeña
I como a hermana la amaba.

«I como en mi alma sintiera
Esa vaga aspiracion
De hallar una compañera
Que amara mi corazon,

«Resolverme no podia,
I salí a viajar, señor ;
Aquí encontrando a María,
Hallé tambien el amor.

«Esta es la historia, podeis
Juzgar : la verdad es esa,
I decirme si creeis
Empeñada mi promesa.

--«Vuestra fé no está empeñada,
Don Fernando: sí, lo veo;
Pero ¿no teneis en nada
De vuestra madre el deseo?

--«Ah, no señor : ella es buena,
I escuchando la razon,
No querrá causar la pena
De mi amante corazon.

«Ella me oirá, i cuando vea
A María, ese ángel puro,
Abandonará la idea
De otro enlace, estoi seguro.

«Para estrechar nuestro lazo
Por eso, señor, os pido
Que me deis un mes de plazo
--Un mes?--No mas.--Concedido.»

Dijo don Lope, i Fernando
Se retiró a su aposento,
Bellos castillos formando
En las rejiones del viento.

I al divisar en el llano
La luz del siguiente día,
Dijo adios al buen anciano
I a la hechicera María.

Nosotros le dejaremos
A solas seguir su viaje,
I conocimiento haremos
Con un nuevo personaje.

V.

EL ENCUENTRO.

Algunas noches despues,
En una hermosa de enero,
Daba la pálida luna
Melancólicos reflejos
Sobre la frente gigante
De esos altísimos cerros,
Orgullo de nuestra patria,
I pasmo del extranjero.

Era una noche de aquellas
En que soñamos despiertos,

En que llevar nos dejamos
De nuestra mente en el vuelo,
Sin meditar si es verdad
O mentira lo que vemos;
En que miramos el bosque
Cruzado por mil espectros,
I guarecerse en sus ramas
Mil espíritus aéreos;
En que en la brisa suspiran
Las almas de lo que fueron,
Demandando de este modo
A los vivos un recuerdo;
En que sabrosas memorias,
Quizá de mejores tiempos,
Sin que se busquen, acuden
A fatigar el cerebro;
En que engolfándose el alma
En contrarios pensamientos,
A vacilar comenzamos,
Entre sombras i misterios,
Sies que soñamos dormidos,
O si soñamos despiertos.

Lámpara, que solitaria
Del corazon en el templo,
Con triste luz iluminas
El altar de los recuerdos.
Sol de los que no disfrutan
De las dulzuras del sueño,
I que vagan distraidos

A tus pálidos reflejos!
Confidente misteriosa,
Que conservas en tu seno,
De todos los corazones
Los amorosos secretos!
Astro de pálidas luces,
Que, solo en el firmamento,
Semejas a las memorias
Que guardamos de otros tiempos!
Luz sin calor, que en el mundo
De los juveniles sueños
Haces brotar a tus rayos
Mil quiméricos deseos!
Yo te amo, luna, yo te amo,
Porque en tus luces encuentro
La imájen querida i bella
De ya perdidos afectos.
Porque hallo en tu disco suave
Algo que me habla del cielo,
I de esa dicha ignorada,
Aspiracion de mi pecho.
Porque las sombras queridas
De dulces, caros objetos
Que la muerte me arrancara
En tus fulgores contemplo.
Porque cuando en mi alma viertes
Tu balsámico beleño,
Para mí desaparecen
Las distancias i los tiempos,
I con las sombras queridas
De los que me aman converso.
Porque la melancolía,

Dulce i celestial consuelo,
Con tus arjentados rayos
Siento llegar a mi seno.
Porque en tí, monton de ruinas,
De un mundo cadáver yerto,
Miro la pálida imájen
De mis dorados ensueños!

Como he dicho, de la luna
El fulgor amarillento
Iluminaba las cumbres
I el bosque de trecho en trecho.
I un caminante veía
Un cuadro espléndido, bello,
Mientras a pasos tardíos
Va una loma descendiendo.

Los árboles, con aquella
Majestad que da el misterio
De una luz ténue i dudosa,
Se elevaban en silencio,
Como fantasmas sombríos
Envueltos en mantos negros :
I algunos, de rato en rato,
Mecidos por blando viento,
Iban a mirar la imájen
De su gigante esqueleto,
De un arroyo transparente

En los movibles espejos.
Mas nada de esto miraba,
Indiferente, el viajero,
Que a tardos pasos seguia
Con las riendas sobre el cuello
De su caballo, bajando
La áspera senda del cerro.

Fija la vista, buscaban
Sus miradas con empeño
Alguna cosa perdida
Del bosque en el otro extremo ;
Hasta que asomó a sus lábios
Una sonrisa o bien jesto
De placer, al descubrir
Las paredes i los techos
Pajizos de una casita
Que se alcanzaba a lo léjos,
Casi oculta de la hojosa
Selva entre el follaje espeso,
Cual la mansion de la paz
Colocada en un desierto.
«Allí debe ser» se dijo
Brotando sus ojos fuego,
«Allí debe ser, sin duda,»
Murmuró entre sí de nuevo,
I metió espuelas al bruto
Las sueltas riendas asiendo.

Bajó de la loma, i vió
Al entrar en un sendero
Del bosque, sobre una roca
Una mujer, o un espectro,
Que con los brazos cruzados
Contemplaba el firmamento.
Se aproximó : como estátua
Ella seguía en su puesto
Sin mirarlo : aunque valiente
El hombre un intenso hielo
Sintió rápido correr
Por sus venas i sus miembros.
Miró el rostro de aquel ser
Bañado por los reflejos
De la luna, i distinguir
No pudo el hombre su sexo.
El traje era de mujer,
Pero su rostro altanero,
Su colosal estatura,
La robustez de su cuerpo,
Hacían creer que era hombre,
O algún extraño portento,
Como esas brujas, creacion
De los populares cuentos.
Si mis lectores recuerdan
Lo que eran aquellos tiempos
En que cual cosas de fé
Se creía en sortilejos,
En ánimas, i en hechizos
I mil cosas de este jénero,
De que quedan todavía
Entre nosotros los restos,

Sobre todo en nuestros campos
I entre las jentes del pueblo,
No estrañarán que nuestro hombre
Al dar con tan mal encuentro,
Quedase ante la vision
Todo trémulo de miedo.
Se detuvo, de la cruz
Hizo la señal, i luego
Tratando de recordar
Alguna oracion o rezo,
Pudo apenas entre dientes
Murmurar un *vade retro*.
Turbósele la cabeza,
Sintió un desvanecimiento,
Se le nublaron los ojos,
I creyó mirar por esto
Que la mujer, o vision,
Iba mas i mas creciendo.
Ella entónces su cobrizo
Rostro tornando al viajero,
Con voz discordante i ronca :
«¿Quéquieres?» dijo....Un violento
Choque entónces sintió el hombre:
Sudaba arroyos, i un hielo
Mortal sentia correr
Por sus venas, i a su pecho
Faltar la respiracion.
Pero pasado un momento
Pensó que no habia oido
Decir que hablase un espectro,
I con esto poco a poco
Fué recobrando el aliento.

«¿Qué quieres?» volvió a decir
La misma voz, «nunca el bueno
Tiembra delante de mí,
De una mujer.—Yo si tiemblo
Es de frío.—Si, de frío,
En una noche de enero.»
Mordióse el hombre los lábios
De cólera, i dijo: «Veo
Que piensas, buena mujer,
Que yo te he tenido miedo;
Mas te engañas ¿quién podría
Creer tal cosa?—Nada pienso.
Déjame sola, o si quieres
Algo, dilo.—Voi a ello.
¿Eres de aquí?—Que te importa!
—Porque puedo segun eso
Preguntarte mi camino.
—Yo los sé todos.—Deseo,
Si es así, que tú me indiques
Por cual dirijirme debo,
Para llegar a la casa
De don Lope de Toledo.
—Allá vas? —Sí.—Por aquí,
Te vas por aquí derecho,
I al llegar a aquellos robles
I esas matas de canelo
Tomas para arriba, entónces
Atraviesas un estero,
Despues, por un caminito
Que va a la orilla de un cerco,
Sigues andando hasta dar
Con la cerca de un potrero,

Tuerces para abajo entónces,
I donde hai un rancho viejo
La casa divisarás
De don Lope. —Te agradezco,
Mil gracias, buena mujer.
—Eran bastante con ciento,»
Contestó ella tornando
Las espaldas al viajero.
Clavó espuelas al caballo,
E inclinado sobre el cuello
Del noble animal, partió
A galope el caballero.

En tanto don Lope i su hija
Están en un aposento
Al lado de una ventana,
Los dos gozando en silencio
De la quietud de la tierra,
I la hermosura del cielo:
Ora mirando las cumbres
Arjentadas de los cerros;
Ora en el bosque vecino
Escuchando los acentos
Tan melodiosos i dulces
De la calandria, ese tierno
Ruisseñor de nuestros campos,
Que con sus dulces gorjeos
Llena el aire de armonías
I el pecho de sentimiento
Cuando en las noches de luna

Dá sus cantares al viento,
Ora escuchando del agua
Los monótonos conciertos,
De la enramada las voces,
I del aura los lamentos ;
O ya siguiendo las nubes
En su fantástico vuelo,
Blancas naves peregrinas
En ese azulado océano.

Quién al miraros ¡o nubes!
Blancos, vaporosos velos,
De la rejion de los aires
Peregrinantes eternos,
Sus distraidas miradas
No ha detenido un momento?
Quién al veros en oriente
Como un cortinaje suelto,
Que del sol que vá a nacer
Oculto el rosado lecho,
No os ha admirado mil veces
En estático embeleso?
Quién al veros en la tarde,
Como tristes pensamientos,
Vagar sombrías i errantes
Sobre la frente del cielo,
No ha sentido vuestro influjo
En lo mas hondo del pecho?
Qué desterrado, al miraros
Cruzar un cielo extranjero,

No ha mandado con vosotras
A su patria sus recuerdos?
Quién, que en la tierra ha mirado
Convertirse en polvo, o cieno,
Las prendas de su cariño,
De su culto los objetos,
No os mira con interes,
I ojos de lágrimas llenos?
Quién, que os ha visto vagar
En grupos lóbregos, densos,
Bramando en las tempestades
Con la voz ronca del trueno
Haciendo temblar la tierra
I ensordeciendo los ecos,
I os mira despues sombrías
Guardar lúgubre silencio,
De rato en rato arrojando
Algunas gotas al suelo,
Como lágrimas rebeldes
Hijas de un dolor inmenso,
Que el estoicismo no puede
Ya contener en el seno ;
Quién, digo, si os ha mirado
En esos tristes momentos,
No ha sentido por vosotras
Admiracion i respeto?

Asi don Lope i María
Con sus miradas siguiendo
De esas blancas peregrinas,

El fantástico paseo,
Continuaban embebidos
En sus propios pensamientos:
La una formando castillos
Encantados i risueños;
El otro absorto talvez
En memorias de otros tiempos.
Mas de repente, María,
Llegándose mas al hueco
De la ventana, i mirando
Para el patio, dijo: «Creo
Haber oido el galope
De un caballo... si;» i haciendo
Lo mismo dijo don Lope:
«Alguien entra, voi a verlo.
—Si será él?—No Maria,
No puede venir tan luego,»
Dijo el anciano, i la puerta
Abriendo del aposento
Preguntó al de fuera: «Amigo,
¿Quién es él?—Un caballero
Que besa los piés de usted.
—Qué demanda?—Alojamiento
Si no incomoda.—Señor
Podeis pasar para adentro,
I disponer como os plazca
De lo poco que poseo.
—Muchas gracias,» murmuró
Desmontándose el viajero,
I con don Lope en la estancia
Tomaron ambos asiento.

Era el huésped, jóven, alto
De rostro un si es no es moreno,
Frente estrecha, sejiunto,
Ojos vivos i pequeños,
Patilla negra i espesa,
Gran bigote, labios gruesos,
Cabeza grande i poblada
De espesísimos cabellos,
I el conjunto en jeneral
De su rostro i de su cuerpo
Era fuerte, varonil,
I mostraba un hombre de esos
Que no se para en pelillos,
I que está a todo dispuesto.

Pasados unos instantes
Dice don Lope al viajero:
«¿Venis fatigado?—Un poco,
Señor, pues vengo de lejos.
—Acaso no habreis cenado?
—No, señor.—Luego os daremos
Alguna cosa: Maria!
Que nos traigan algo presto.»
Salió Maria, i don Lope
Continuó: «Vos caballero,
Venis por primera vez
A este lugar?—Si, mas creo
Que desde ahora vendré
Con frecuencia.—Lo celebro.

¿Mas como pudisteis dar
Con nuestra casa?—Al extremo
Del bosque tuve, señor
El mas singular encuentro :
Me hallé con una mujer;
La de mas extraño aspecto
Que yo haya visto, i fué ella
La que me indicó el sendero
Que guia a esta casa.—Ya
Debe ser Nahuelta, i veo
Que con sobrada razon
Os sorprendísteis. Decidme,
Es de un talle jigantezco?
—«Sí señor.—«Es ella entónces :
Entre las jentes del pueblo
Pasa por bruja, por loca,
Por hechicera a lo ménos ;
Pero es mui buena, i a mi hija
Tiene el cariño mas tierno,
I dice, que nada encuentra
Mas acabado i perfecto
En este mundo.—Razon
Tiene en verdad para ello.
—Haced favor, señor :
Esa materia dejemos.
—Muchos años ha que estais
En este sitio?—Hace tiempo,
Como quince años, señor.
—El campo es aquí mui bello.
—Es el mas lindo de Chile.
—Sí señor, i yo por eso
Pienso ser vuestro vecino,

Comprando algunos terrenos
Por aquí. Pero, decidme,
Los indios de aquí son buenos,
No os hacen mal?—No, señor,
Siempre vivo en paz con ellos,
I ninguno toca nada
Que es de don Lope Toledo.
—Vos! don Lope?—El mismo soi.
—Pues es un feliz encuentro.
Yo soi don German Martinez
Primo de Fernando, i vuestro
Servidor—Ah..! don German....
Tengo gusto en conoceros.
—Esta carta de mi primo
Para vos... —Gracias:» i el viejo
Pidiendo al huésped permiso
Abrió con temor el pliego.
German miraba entre tanto
Con atencion el efecto
Que la carta producía ;
I al ver el rostro sereno
Del noble anciano tranquilo,
Sus ojos lanzaban fuego :
Una sonrisa despues
Vió en sus lábios, frunció el ceño,
I sin poderlo estorbar
Dió una patada en el suelo.
Pero María abrió entónces
La puerta del aposento
I dijo, con su voz dulce :
«Ya está pronta.—Caballero,»
Dijo don Lope, tomando

Del brazo a su huésped, «creo
Que habrá apetito,» i la carta
Guardó con aire risueño.

VI.

EL LAZO.

Los días lentos corren
Para el que ausencias llora,
Para el que aguarda o teme,
Para el que triste ignora
Donde en la noche lóbrega
Reclinará su sien.

I rápidos se pasan
Para el que dichas tiene,

Para el que alegre goza,
I para el que mantiene
La efímera esperanza
De un ignorado bien.

Asi don Lope, su hija
María, el forastero
Eternos encontraban
Esos dias de enero,
Que parece que nunca
Se habian de acabar.

Mas todo al fin se pasa,
Todo dura un momento;
Las penas i los goces,
El pesar i el contento,
I al fin aquellos dias
Miraron terminar.

Jerman por la mañana
Salia mui temprano.
¿Adónde? no se sabe,
I a casa del anciano
Solo al caer la tarde
Le miraban volver.

María se pasaba
A solas meditando
En su futura dicha,
En su amor, en Fernando,
En sus castillos bellos
De amor i de placer.

Don Lope se entregaba,
Para aliviar sus penas,
Del dia una gran parte
A rústicas faenas,
I a la esperanza grata
De un dulce porvenir.

Pero al caer la tarde
Ya todos se juntaban,
I en pláticas variadas
Las horas se pasaban
Hasta que ya se iban
Tranquilos a dormir.

Sin rumbo ni camino
Una tarde, María,
A solas se paseaba
Por la floresta umbria,
Absorta en los recuerdos
De su inocente amor.

Jerman, que ya volvia
De su paseo diario,
Al ver en aquel sitio
Tan bello i solitario
Esa preciosa vírjen,
Esa hechicera flor,

En lo hondo de su alma
Sintió algo que ignoraba,
Algo que sus potencias
Tiránico embargaba,
Algo que conmovia
En lo íntimo su ser.

I se dijo: «Fernando
La perderá, lo juro,
Así lo necesito;
Pero ese ser tan puro,
Tan inocente i casto,
Tambien he de perder?»

«No.... la constancia tanto
Puede, i a tanto alcanza:
No, no, perder no debo
Del todo la esperanza;
Mas a Fernando nunca
Debe volver a hallar.»

I así pensando fuése
Aproximando a ella,
Sin que ella percibiese
Que seguían su huella,
Hasta que atrás volviendo
Con él se fué a encontrar.

—«María,» dice entonces
Jerman con dulce acento,
«Tan embebida estabais
En vuestro pensamiento
Que temo importunaros
Con mi conversacion.

—Dejad ese recelo
Don Jerman, yo os estimo...
—¿Por mí mismo, o acaso
Solo porque soi primo
Del que llena los votos
De vuestro corazón?

—Ah señor!—No, dejemos
Esto, que ya me pesa:
I quiero hablaros solo
De algo que os interesa.
—A mí?—Bella María,
I lo podeis dudar!

—Pero, señor, presumo...
—Que con vos nada tenga.
Os engañais,... Decidme,
Cuando esperais que venga
Nuestro amigo, Fernando?
—Mañana ha de llegar.

—Quien os lo ha dicho?—Hoi mismo
Mi padre. —Ved ahora
Esa carta, i decidme,
María encantadora,
Si el que tanto se espera
Mañana llegará.»

Toma la carta, trémula,
I habiendo recorrido
Con avidez sus pájinas,
Pierde casi el sentido
I esclama desesperada :
«¡O Dios! él no vendrá!»

Jerman la contemplaba,
I errando se divisa
Por su entreabierta boca
Diabólica sonrisa
De triunfo, de esperanza,
De bárbaro placer,

De su inocente víctima
Gozaba en el tormento,
Gozaba en las angustias
De ese fatal momento,
Gozaba viendo el llanto
Su rostro humedecer.

I era el dolor primero
Que se ensañaba en ella,
I estaba tan hermosa,
Tan tristemente bella,
Tan bellamente triste
Llorando en su afliccion ;

Que para ver sin lágrimas
Su pena tan sincera,
I ese dolor profundo
De aquel que nada espera,
Tener era preciso
De piedra el corazon!

Tiene algo de la muerte
Ese dolor del alma,
Tiene esa desolante
I aterradora calma,
Que causa en nuestro espíritu
Un pánico terror.

Que así como gozamos
De amor de los amores
En el primer amor,
Dolor de los dolores
Es el que el alma siente
En el primer dolor.

Ese dolor primero
Que el alma nos embarga,
Es del amargo cáliz
La gota mas amarga,
Porque su acíbar vierte
Sobre la dulce miel.

Despues cuando sufrimos
El alma es ya mas fuerte,
Avezada a los males
I golpes de la suerte,
I aun al travez de lágrimas
Ve la esperanza fiel.

Pero el dolor primero
Nos hiere i anonada ;
Una segunda dicha,
Como la ya frustrada,
No creemos que en el mundo
Podemos encontrar.

En nuestra amarga pena,
Como en un negro manto,
Se envuelve nuestro espíritu,
I nuestro amargo llanto
Creemos que la muerte
Tan solo ha de engujar.

Así esa pobre niña
Sentía en su aflicción,
En su primera lágrima
Ahogarse el corazón;
I ya nada esperaba,
Nada, sino morir!

Corrían por su rostro
Las gotas de su lloro;
Era el adios que daba
A sus ensueños de oro,
I a las visiones bellas
De alegre porvenir!

I ese hombre prolongaba
Con infernal contento,
La angustia indefinible
De ese fatal momento,
Para poder seguro
Sus planes realizar:

Aquella amarga, muda,
Desgarradora escena,
Que a sufrir à su víctima
El bárbaro condena,
Por fin, ya satisfecho,
Determinó acabar.

I con acento lleno
De un pesar que no siente,
Dice a la pobre niña,
Que lo escucha inocente,
I que da a sus ficciones
I a sus palabras fé:

«María, vuestros males
Tienen aun remedio,
I es el mismo Fernando
Quien os propone el medio
De salvacion.—Decidme
Que al menos le veré!

—Si le vereis; pero ántes
Tomad, bella María,
I ved en esa carta
Que el infeliz me envia
El único, el postrero
Medio de salvacion.»

Ella la toma, un rayo
Brilla en sus bellos ojos,
I su semblante pálido
De púdicos sonrojos
Se cubre, i le palpita
Violento el corazon.

I trémula, ajitada
Por vivas emociones
Devora las palabras,
I tiernas espresiones,
Que una engañosa mano
Trazó en ese papel.

I al labio ardiente lleva
El pliego engañador,
Besándolo mil veces
Con amoroso ardor,
Diciendo arrebatada :
«Ah! sí, huiré con él!»

Mas ya el primer instante
Pasado de arrebatado,
Se estremeció i quédose
Despues un breve rato
Pálida i pensativa
I dijo: — «¡Nunca! no!»

«Dejarlo, fuera bárbaro,
Sería cruel, horrible!
Para su afecto i años
Un golpe irresistible...
Yo le amo, i en la tierra
Su único bien soi yo!»

Jerman al escucharla
Estaba en un suplicio,
I la dijo: «María,
No hareis un sacrificio
Por el que todo lo hace,
Por vos, por vuestro amor?»

«Dejar a un padre es triste,
Es duro, doloroso,
Mas por tan pocos dias:
Cuando un futuro esposo
No exige mas.... no hacerlo
No muestra mucho ardor.

«Fernando..... ¡desdichado!
El infeliz creia
En la apariencia falsa
De un amor que mentia,
I en cambio de un engaño
Os daba el corazon!

—«Callad, callad!—En vano
Tratais de alucinarme.
Con lágrimas finjidas
Yo no dejo engañarme,
Como el amante crédulo!
—Callad por compasion!

—«Jamás, si con mis ojos
No lo viese, creyera
Que esa boca, tan pura
Al parecer, mintiera!
—Mas, qué quereis que haga?
—Ya lo sabeis.—Lo sé...!

«Mas tarde... acaso...—Nada:
Ved que ha de ser mañana;
I una luz esta noche
Pondreis a la ventana
Si os resolveis.—¡Dios mio!
—Qué respondeis?—Lo haré!»

Con voz desfallecida
Dijo la pobre niña:
I al mismo tiempo, vueltas
Vió dar a la campiña,
I pálida en el suelo
I exánime cayó.

Con agua fresca i pura
Jerman roció su frente :
I ella de su letargo
Volviendo lentamente,
A su lado a Nahuelta
Solícita encontró.

VII.

NAHUELTA.

Es de noche, i en su estancia
María está con Nahuelta,
I don Lope i don Jerman
Conversando en otra pieza.
La pobre niña se puso
Mala, despues de la escena
De la tarde; mas la causa
Del mal a nadie revela.

Nahuelta, aquella mujer
Que creen unos hechicera
O bruja, i otros sin juicio,
Maternal ternura emplea
En cuidar a aquella niña,
Su único amor en la tierra.
¡Con cuánta solicitud,
Con qué dulzura tan tierna,
Con qué amoroso cuidado
Trata del mal que la aqueja
Aliviarla! ¡cómo espia
Sus deseos i sus señas!
Esa mujer varonil
Parece que se deleita,
Que siente un goce secreto,
Al proteger la inocencia
De aquella niña tan débil,
Delicada i hechicera,
María recibe grata
Sus caricias, i contesta
A sus preguntas con dulces
Aunque evasivas respuestas.
«¿Estabas con él?» decia
Preguntándole Nahuelta.
— «Si estuve, sí; pero fué
Despues cuando sentí esa
Cosa que esplicar no puedo :
Creí que se daba vuelta
Cuanto habia en torno mió,

I un gran mal en la cabeza
Sentí tambien, i en el pecho,
I en mi ser todo....—Si él fuera,
Yo te juro!—Calla, no hables
Así.—Que a tocar se atreva....
—Ya sabes que don Jerman
Es nuestro huésped.—Que sea.
No me gusta ese español.
I ahora ménos.... Que piensa,
Que hace aquí.... yo lo sospecho ;
Mas, me creen loca.—¿Qué idea?
Loca tú!—Tú, no, María,
Tú no lo crees, tú eres buena :
Te diré.... pero no ahora,
Mañana; tú estás enferma
I debes dormir.—Si ; creo
Que me hará bien...., si pudiera
(Pensó entre sí).—No estés triste ;
Ya sabes que me da pena
Verte así.—Triste no estoi...
—Me gusta verte contenta,
Cuídate i duerme, María ;
Buenas noches.—Dios lo quiera!»
Salió Nahuelta del cuarto,
I con íntima tristeza
Quedó, despues de cerrarla,
Un momento ante la puerta.
Una nube melancólica
Cruzó su frente altanera,
I alzó los ojos al cielo

Como el que suplica o reza,
I despues donde don Lope
Encaminóse resuelta.

Con la frente entre las manos,
I el codo sobre la mesa,
Estaba el mísero anciano
Absorto en tristes ideas.
I enfrente de él don Jerman
Devorado de impaciencia
Lo miraba, como debe
Mirar el tigre su presa.
Nahuelta entró silenciosa
Sin que nadie la sintiera,
I fué a colocarse enfrente
De Jerman, i donde apénas
Llegaban los ténues rayos
De las luces de la vela.
«Mañana habrá tempestad,»
Dijo con su voz severa
I ronca, mirando el rostro
De Jerman, que de sorpresa
Se estremeció.— «¡Cómo es eso!
¿En febrero una tormenta?»
Dijo don Lope.— «I horrible,
Horrible,» repitió ella,
— «I Ud. don Lope, hace caso
De lo que esa loca piensa
I dice,» observó Jerman,

Afectando indiferencia.
Haciéndose que no oía
Ella siguió: «Las cosechas
Serán mui malas este año :
En el *Valle del Encanto*
Ví las nubes mui espesas,
¿No las viste tú lo mismo?»
Preguntó a Jerman, su fiera
Mirada clavando en él.
Una mirada colérica
Dándola Jerman, repuso :
«No me fijé.—Sí, bien negras
Estaban, pero mañana
Lo veremos.—Descubierta
Mi trama acaso estará»
Pensó Jerman.... «me interesa
Saberlo, i luego.... con oro
Todo se ablanda... o se quiebra» ;
I alzó los ojos, mas ya
Allí no estaba Nahuelta.

A poco rato dejó
A don Lope, i salió fuera,
Buscando por todas partes
A Nahuelta. «Bruja perra,
(Murmuraba), donde diablos
Se habrá metido.... Esa vieja
Puede dar con todo al traste
Si lo sabe.... si la viera

A lo ménos, yo podria
Si no ganarla, perderla.»
I seguia sus pesquisas;
Pero en vano, no la encuentra,
I fatigado por fin
Ya de su inútil tarea,
«Pero estoi loco,» se dijo,
«Creer que esa mujer pudiera
Descubrirme, ella, una loca!»
I entró tranquilo en su pieza.

VIII.

INSOMNIO.

La negra noche al luminoso día
Sucede sin cesar, amargo llanto
A la risa sucede, a la alegría,
I a las visiones de celeste encanto ;
Al vuelo de la ardiente fantasía
Eternas horas de mortal quebranto,
En que el sol del placer, con raudó paso
Miramos sepultarse en el ocaso.

Todo cambia o perece : en la pradera
Las aromadas flores se marchitan,
Las hojas vuelan, i la azul esfera
Las nubes encapotan si se ajitan
Los recios huracanes ; su carrera
Sigue el agua hácia el mar, se debilitan
La esperanza i la fé, i aun los amores
Al soplo destructor de los dolores.

I vosotras, estrellas misteriosas
De nuestra vida en el oscuro cielo,
Que esparcis vuestras luces caprichosas
En nuestras largas noches de desvelo,
Ilusiones dulcísimas, preciosas,
¡Ah! nos dejais tambien en nuestro duelo!
¡Cuántas de ménos hai en mi horizonte
Cuando traspasa el sol el alto monte!

Tambien así María, una por una,
Las mira en el ocaso sepultarse :
Por eso busca silenciosa alguna
Que entre ella i su dolor pueda mostrarse.
Oh! ¿qué triste será cuando ninguna
En nuestro firmamento a colocarse
Venga en la noche? ¡ay! sin ilusiones
Qué harán nuestros desiertos corazones?

¡Pobre María! destrozado mira
En un instante el porvenir risueño
Que loca se finjió, i aun suspira
Por la vision de su celeste ensueño.
Despues, bañada en lágrimas, delira,
I en la pálida imájen de su dueño
El llanto amargo, que solo ella vierte,
En raudales eternos se convierte.

Hai un fatal recuerdo en su memoria,
Un recuerdo que causa su tormento,
I a su lado, en su mente, está la historia
De su inocente amor i su contento;
Dicha fugaz, dulcísima, ilusoria,
Que halagando su jóven pensamiento,
Adormeció su alma entre las flores
Del sueño celestial de los amores.

I cuan hermosa está.... un alma, pura
Cual la caricia de inocente infante,
Vierte la viva luz de su hermosura
Sobre su dulce i pálido semblante,
I aun hasta esa sombra de tristura,
Que vaga por su rostro en este instante
Hace lucir mil vívidos destellos,
Rayos divinos en sus ojos bellos.

¡Cuánto sufre! sentada sobre el lecho
Vacila entre sus dudas i temores.
¿Dejará ingrata ese paterno techo
Que miró de su vida los albores?
¿Dará un golpe mortal al tierno pecho
Que cobijó sus únicos amores?
¿Dejará a ese anciano amante i bueno?
¿Destrozará ese ardiente i noble seno?

Duda horrible, mortal, que jamás se inflama
Con los delirios de esa pobre frente ;
Veneno vil que la maldad derrama
Sobre un seno castísimo, inocente ,
Triunfo completo de engañosa trama,
Lazo tendido a un corazón ardiente,
Que, cuando auxilios de su mente invoca,
Mas los nudos aprieta i se sofoca.

¿No habeis amado nunca? i el profundo
Dolor del corazón no habeis probado
De ver tornarse en lodo, en barro inmundo,
En cieno vil, el ídolo adorado?
I despues de ese golpe sin segundo,
Cuando ya de arrancar habeis tratado
La imájen tanto tiempo acariciada,
¿No sentísteis el alma destrozada?

¿No habeis amado alguna vez al ménos?
No habeis llevado vuestra amada prenda
Al altar del deber? con ojos llenos
De lágrimas no dísteis vuestra ofrenda?
¿No sentísteis la hiel de mil venenos
Trabar horrible i bárbara contienda
En vuestro corazon, que sangre brota,
Cuando el raudal de lágrimas se agota?

¿No habeis dejado alguna vez siquiera,
Algo querido, un adorado objeto,
Una madre, una dulce compañera,
Un ser, en fin, a quien estais sujeto
Por un afecto que en el alma impera?
¿I no es verdad, que entónces, en secreto,
El alma a todas horas, llora, i mira
El adorado ser por quien suspira?

I esto pasa en nosotros, seres vanos
Con nuestra vana fuerza i nuestro orgullo ;
Miserables, raquítricos gusanos
Que nos adormecemos al murmullo
De la voz voluntad, pobres enanos,
Que de nuestras ficciones al arrullo
Osamos, con audacia irreverente,
Hasta los cielos elevar la frente.

I ahora el sexo que llamamos débil
Con cuanta mas razon debe el dolor....
Me olvidaba, lector, que no hai en ébil
Otra palabra a mas de la anterior
Que acaba el primer verso, sino flébil ;
I así para explicaros en rigor
Esta idea, que tanto ya me cuesta,
Principiaré otra octava acabando esta.

Al bello sexo, pues, que es ménos fuerte,
¿No causarán mas mal i mayor pena,
Esos golpes fatales que la suerte
A sufrir en la vida nos condena?
Si nuestro corazon lágrimas vierte,
Si nuestra alma con ellos se enajena,
En esos seres débiles, sensibles,
¿No serán esos golpes mas horribles?

Así esa pobre niña sufre ahora.
¿Cómo arrancar del pecho palpitante
Con su ilusion mas dulce i seductora,
La imájen adorada de su amante?
¿Cómo el hogar dejar en donde mora?
¿Cómo otra sombra echar sobre el semblante
De ese anciano infeliz, que mira en ella
De su felicidad la única huella?

Delira la infeliz, i así murmura
Con voz entrecortada i temblorosa :
«Fernando, él es mi padre... La amargura
No ves que hasta el semblante me rebosa?
Yo te amo siempre ; mi constancia pura
Guardo en mi corazon, i mas hermosa
Miro a travez de mi ardoroso llanto
Tu imájen adorada.... ¡te amo tanto!

«¡Ah! porque esa mirada me dirijes!
Dejarlo, a él.... al bondadoso anciano,
¿No sabes que ha sufrido....? no te aflijes
Mirando su dolor....? será tu mano
La que le dé ese golpe? Eso me exijes?
Eso es bárbaro, es cruel, es inhumano!
¡Ah! siempre, siempre esa mirada fija!
¡Es mi padre, Fernando, soi su hija!»

I la pobre sus brazos estendia
A una sombra forjada por su mente :
La fiebre que sus venas encendia
Quemaba sus mejillas i su frente ;
Su cabello en desórden se esparcia
Velando el casto seno, cual doliente
Sauce que envuelve en su follaje umbrío
El blanco mármol de un sepulcro frío.

Hondo suspiro de dolor arroja
A los cielos alzando una mirada ;
Mirada llena de mortal congoja,
Muda queja de su alma desolada ;
I su rostro ardoroso entónces moja
Una lágrima ardiente i abrasada,
Que cual diamante cristalino brilla,
I se evapora al punto en su mejilla.

Después vuelve a su afán: «No, padre mio,»
Murmura la infeliz, «vos sois tan bueno,
Vais a llevarme allá.... en vos confío :
¡Es el único amor que hai en mi seno!
¿Qué lo arranque de aquí? en mi albedrío
No está hacerlo, señor... dadme un veneno
La muerte si gustais, no tengo miedo ;
Pero arrancar su amor.... no.... no, no puedo!

«Pero ¿qué veo? es él... Fernando, mira
He sufrido ya tanto....! vén, me siento
Tan bien cerca de tí....! todo me inspira
Un celestial i plácido contento!
No respondes... Dios mio... no respira...
¿Qué mortal palidez?... ¡Oh! qué tormento
Tan horrible? Señor...! Sí, frío... yerto...
¡Yo le amaba, Señor, i yo le he muerto!»

¡Yole he muerto!—decia, contra el pecho
Apretando las manos. (Ese era
El momento de crisis). De su lecho
Desatentada i loca saltó fuera,
I llegóse corriendo al antepecho
De su ventana; abriolá, i su hechicera
Cabeza refrescando el aura pura,
En algo mitigó su calentura.

Se calmó poco a poco ; principiaron
Sus venas a latir regularmente,
I sus preciosos ojos destilaron
Un copioso i benéfico torrente :
Las visiones siniestras se alejaron,
I la serenidad sobre su frente
Vertió con mano blanda i delicada,
Una tristeza dulce i resignada.

I pudo entónces ver ya mas serena
Su triste situacion, i elevó al cielo
Arrodillada i triste, su alma llena
Del mas negro i profundo desconsuelo.
Con la oracion se calma nuestra pena,
Porque ese oculto i misterioso duelo
Que consuelo i remedio solicita,
De la bondad celeste necesita,

Pero el amor, pasion tan poderosa,
Pasion, que el alma entera nos domina,
Pasion tan egoista i jenerosa,
Pasion, que al bien i al mal nos encamina ;
A halagar aquella alma candorosa
Vino de nuevo con su faz divina,
I María creyéndola del cielo
Sagrada inspiracion, se alzó del suelo.

Pálida, muda, triste i pensativa
Un momento quedó : su fantasía
Le presenta la bella, pura i viva
Imájen de una plácida alegría :
Con su elocuencia muda i persuasiva
Esterba el paso a la razon tardia ;
I entónces, temblorosa de emociones,
Va a su mesa, i escribe estos renglones :

« Padre mio, yo os amo, i yo no ignoro
« Que soi el solo bien de vuestra vida ;
« El solo ser que enjuga vuestro lloro,
« Vuestra esperanza bella, i mas querida ;
« Todo esto sé ; mas el perdon imploro.
« Sé que os cause un pesar con mi partida,
« Perdon! si vuestra hija os martiriza,
« ¡Cuál no será el amor que la esclaviza!

« Vuestro perdon, vuestra piedad reclamo :
« Su muerte causaré si me detengo ;
« Nada puedo decir, si no que le amo,
« I que contra este amor fuerzas no tengo.
« I es tan inmenso el fuego en que me inflamo,
« Tan horrible es la lucha que sostengo
« Aun ahora, que alcanzar confio
« Vuestro perdon al ménos, padre mio!»

Interrumpe su carta, i asaltada
Por un recuerdo, muda se mantiene ;
Despues toma la luz, precipitada
Marcha hácia la ventana, i se detiene ;
Anda de nuevo, i vuélvese espantada,
Vuelve a marchar, el hábito contiene,
Deja la luz, i cae sin aliento
De rodillas al duro pavimento.

La luz al aire de la noche oscila,
Ella la sigue con mirada inquieta ;
Un momento despues luce tranquila,
Ajítase otra vez, despues se aquieta :
El viento sopla, trémula vacila,
Ella las manos a su pecho aprieta,
Una ráfaga pasa, i la luz vaga
Lanza un fulgor vivísimo, i se apaga.

Hondo, amargo, tristísimo jemido
La pobre niña de su pecho lanza :
En esa luz que el zéfiro ha estinguido
Morir ha visto su última esperanza!
Cree talvez que a los cielos ha ofendido,
I que ese soplo anuncia la venganza
Con que un Dios de clemencia airado trata
I castiga en la tierra a la hija ingrata.

«Perdon, perdon! mi Dios,» la pobre esclama,
«¡Ah tén piedad de mí....Si de tu trono
Airado ves mi amor, mata esa llama,
Porque arde aun a despecho de tu encono!
Padre mio, perdon! vuestra hija os ama,
Lo sabe el cielo bien.... no es abandono....
No le dejo, señor, tal es mi suerte,
¡Pero tened piedad, dadme la muerte!

«Mi Fernando, mi bien, mi solo anhelo,
Adios, Fernando mio! Tú María
Ya no puede seguirte: ¡mi hondo duelo
Te dice cuanto te amo todavia!
¡Ya solo nos veremos en el cielo!
No me maldigas si la culpa es mía,
Lo quiere el cielo así, debo perderte!
Mas por piedad, señor, dadme la muerte!»

Renuncio a describir tanto tormento :
Cuanto dijese fuera un mal remedo :
En presencia de tanto sentimiento
Solo puedo sentir, hablar no puedo.
Mi fuerza es débil, lánguido mi aliento,
I envuelto en negros torbellinos ruedo,
Sin hallar la espresion que patentize,
I ese dolor inmenso immortalize.

Solo puedo decir, que en su lecho
Sus pesares ahogando i su agonía,
Sintiendo al corazon romperle el pecho,
Pasó esa noche la infeliz María ;
Pues aun de sus temores a despecho
El puro fuego de su amor ardia,
I así la halló doliente i seductora,
Anegada en sus lágrimas la aurora.

El lecho abandonó, i enjugó el llanto
Que surcaba su pálido semblante :
I algo mui bello, anjelical i santo,
Se reflejó en su rostro en ese instante.
La fé, del cielo divinal encanto,
A su socorro vino ; i palpitante
I arrodillada, dijo ante una hermosa
Imájen de la *Mater dolorosa* (1) :

(1) Esta oracion es imitada de la de Margarita en el «Faust» de Goethe.

«Arroja, ¡oh madre de dolor! arroja
Sobre mi angustia solo una mirada :
En el pecho la espada,
¡Ah! con cuánta tristura,
Al hijo ves morir de tu ternura!

«A tu padre i el suyo
Confiando su quebranto,
Viertes por su suplicio amargo llanto,
I tambien por el tuyo !

«¿Quién, quién consolará
El amargo dolor que me devora?
!Ay, ni qué corazon lo sentirá!

«La duda en que mi alma se dilata,
Este lento veneno
Que me roe i maltrata,
Lo que se pasa en mí,
Tú, sola puedes comprenderlo, sí,
Por el que llevas en tu triste seno.

«¡Ay, doquiera que arrastro mi afliccion,
Una pena, un dolor horroroso

Roe mis huesos, hiela mi corazon!
Dia i noche mis lágrimas devoro,
I sin embargo lloro, lloro, lloro,
Sin tregua ni reposo!

«Los basos de mi ventana
Con mi llanto humedecia,
Cuando al venir la mañana
Estas flores recojia.

«El sol se mostraba appena,
I mi lecho abandonando
Yo contemplaba llorando,
Su luz incierta i serena.

«¡Ah! sálvame! Soi harto desdichada
Con mi funesto amor!
I dirige apiadada
Sobre mi angustia solo una mirada!
¡O madre de dolor!»

IX.

LA MAÑANA.

La hermosa luz de espléndida mañana
Las blancas nubes del oriente tiñe,
Formando una corona de oro i grana
Que a la alba frente de los Andes ciñe,
I la tierra despierta i se engalana.

Huyó la noche i su quietud sombría ;
Todo vuelve a latir con nueva vida,

Todo respira amor, dicha, alegría,
I saluda la tierra agradecida
Las bellas luces del naciente día.

El aura se despierta entre las flores,
Los árboles sacuden su cabeza,
Su himno empiezan las pájaros cantores,
I todo tiene juventud, belleza,
Todo se abre al placer i a los amores.

Es la hora en que la tierra se embalsama,
I en que, como una niña ruborosa,
Se estremece al contacto de la llama
Que el sol radiante, de su frente hermosa,
En sus entrañas fértiles derrama.

Es la hora que ahuyenta las visiones
De la vijilia, i los sentidos calma ;
Es la hora que tan dulces emociones
De los seres felices en el alma
Produce, i en los tiernos corazones.

Mas no es la de los tristes, i el doliente

Prefiere, a la belleza i la alegría
Del sol que nace en el purpúreo oriente,
La dulce i celestial melancolía
De las postreras luces de occidente.

Pero aun ama María esa luz pura,
Pues su sencillo corazon no prueba
Sino por vez primera la amargura;
I asi sus pasos vacilante lleva
De la vecina selva a la espesura.

Nahuelta va a su lado: cariñosa
La sostiene i conduce. Asi llegaron
A una ensenada bella i espaciosa,
I en el tronco de un árbol se sentaron
A respirar el aura deliciosa.

«Buena Nahuelta,» murmuró María,
«No te afanes en vano. Si supieras
Cuanto, cuanto he sufrido en mi agonía,
Consuelos al presente no me dieras,
Que nada pueden en la angustia mia!»

Nahuelta la miró con desconsuelo,
Con indecible i maternal terneza,
I luego replicó: «No quiera el cielo
Que sea asi.» La niña su cabeza
Como en contestacion inclinó al suelo.

—«Yo no se consolar, pero te quiero.
—Lo se mui bien, Nahuelta, tu eres buena,
Yo te quiero tambien; mas nada espero!
Tu sabes que mi suerte me condena
A no verle jamas! por eso muero!

—«No, le verás, María: hoí mismo todo
Se lo diremos a don Lope, es bueno,
Te quiere tanto, i buscará algun modo
De salir del apuro. —¡Ojalá el cielo
Oyera tus palabras...! En mi seno
Yo siento sin embargo
Un cruel presentimiento, un desconsuelo,
Tan profundo, tan grande, tan amargo...!
—No pienses mas en eso.—Yo quisiera
Olvidarlo, Nahuelta, mas no puedo:
Es un dolor profundo que en mí impera,
I a su poder yo cedo.
Ya nada puedo hacer: mis fuerzas todas
He empleado en combatirlo; pero en vano:
Me oprime el corazon, me desespera,

I es mui cruel, mui horrible, mui tirano!
—Pobre María!» dijo con tristeza
Nahuelta, i sacudiendo su cabeza
Alzó los ojos al azul del cielo,
I guardaron silencio. ¡Cuánto duelo,
Cuánto amargo pesar no se veía
En aquellos dos rostros! Era un triste
Cuadro de melancólica belleza,
Que contrastaba con la luz del día,
Con el vigor, la calma i la grandeza
De esa rica i feraz naturaleza,
Que asilo a sus dolores ofrecia.

Reina plácida calma: el aura leve
Entre las hojas lánguida murmura,
Los blandos tallos de las flores mueve,
I se pierde jugando en la espesura,
Mintiendo melancólicos jemidos
Por los ecos del bosque repetidos.
I ellas guardan silencio; tristes, mudas,
Jimiendo al peso de su horrible mal,
Llegando solamente a sus oídos
Las notas melancólicas i agudas
Del monótono canto del zorzal.
Todo es bello; los árboles, la fuente,
Las blancas nubecillas del oriente,
Los ganados que pacen en la falda
De la loma vecina, el grato ambiente
Que hace ondear las olas de esmeralda

De aquel mar de verdura, el alto monte
De frente envuelta en nebuloso velo,
Que allá en el horizonte
Se junta i se confunde con el cielo.
Todo es bello, magnífico; mas nada
Hai bello para una alma desolada ;
I los ojos que lloran
El mas bello paisaje descoloran.
Asi, Nahuelta i la infeliz María
En el bello paisaje no encontraban
Sino tristeza i soledad sombría,
I en su mudo silencio continuaban.

De repente las dos se estremecieron :
María exhaló un ¡ay! a Jerman vieron
Que en un caballo airoso
Hacia ellas venia presuroso.
El llega, se desmonta, i a María
Cortezmente saluda :
Ella no le contesta : blanca, fria,
Como un cadáver, permanece muda
I se apoya en Nahuelta. El se aproxima
I la dice : «María encantadora,
Tiempo es ya de partir ; venid conmigo,
Que impaciente os aguarda el que os adora.
—No, no irá contigo,»
Nahuelta dijo en voz amenezante.

JERMAN.

«¿Como es eso?

MARÍA.

Señor, lo habeis oido.
No iré con vos.

JERMAN.

Pero Fernando espera,
Desde ayer en el *Valle del Encanto*
Aguarda el infeliz.

NAHUELTA.

Si él estuviera
No hubieras tú venido.

JERMAN.

Vamos, tanto
No alzes la voz.

NAHUELTA.

Tu mientes!

MARÍA.

Cielo santo!

JERMAN.

Vamos, bella María, no hagais caso
De lo que dice esa mujer ; yo quiero
Llevaros al lugar en que Fernando
Os espera.

NAHUELTA.

María, ese extranjero
Solo te está engañando,
Fernando no ha venido; anoche mismo
Con los indios del Valle del Encanto
Estuve, i se.....

JERMAN.

Callad!

MARÍA.

¡Ah! qué hondo abismo
Se abre ante mis ojos!

JERMAN.

Ese llanto
No derrameis en vano ; no María,
Es verdad que os espera
Un hombre que os adora, i que daría
Por lograr vuestro amor la tierra entera.

MARÍA.

No, yo no iré, señor.

NAHUELTA.

Ya lo has oído,
No irá, marchate pues.

JERMAN.

¡Así los lazos
Mas sagrados destruis? cuando he venido
Yo para conducirlos a sus brazos,
Cuando el amante crédulo os espera
Como a un precioso bien que el cielo envía,
Así me despedis, bella María,
Solo por lo que dice esta hechicera?
¡Ay, infeliz del que en vosotras fia,
Tigres con rostro de ángel..! Parto ahora,
I le diré a Fernando: te engañaba
Esa niña tan bella i seductora,
De tu pasión ardiente se burlaba,
Mentía como todas... ¡Triste suerte!
Vuestra resolución será su muerte!

MARIA.

¡Cuánto sufro, mi Dios!

JERMAN.

Cuando anhelante,
Trémulo de esperanza i de placer
A recibirme ansioso se adelante,
Yo le diré: Fernando, era mujer!

MARIA.

Ah! por piedad, señor, no digais nada,
Ved que ya soi bastante desgraciada:
Tomad mi vida si quereis!

JERMAN.

María,
No desoigais la voz del sentimiento
Que aun habla en vuestro pecho: todavia
Es tiempo de partir.... solo un momento,
Un solo instante triste i doloroso
Al alejaros del hogar paterno;
Despues, un porvenir bello, dichoso,
De eterna dicha, de placer eterno,
En los brazos amantes de un esposo;
Una vida de amor, terrestre cielo,
Tranquilo mar, en que dichosas bogan
Las almas de los que aman en el suelo.
I vacilais así.... almas de hielo,
Corazones cobardes que se ahogan
En la primera lágrima vertida,
No mereceis esa dichosa vida!

Vamos, María; por la vez postrera,
Decid ¿ireis conmigo? allá os espera
El amor, la esperanza, la riqueza,
Vos llevais la dulzura i la belleza :
Venid, el tiempo vuela.

MARIA.

Nunca, nunca!
No iré jamás!

NAHUELTA.

Ya lo has oido,
No irá, márchate pues.

—Irá, lo juro,
Irá,» dijo Jerman dando un silbido.

I entónces de lo oscuro
De la selva, salieron presurosos
Hasta seis indios en caballos briosos,
Veloces como el aire. Dando un grito
De espanto i de terror cayó María
De Nahuelta en los brazos.

—«Ah! ya es mia,»
Dijo Jerman triunfante.

—«No maldito,
De aquí jamas la arrancarás,» Nahuelta
Dijo entónces furiosa, i dando vuelta

Hácia los araucanos,
Tendió rabiosa las crispadas manos.
Trabóse entónces una horrible lucha
Que duró un solo instante.... Un ¡ay! se escucha
Despues, i vése que en su sangre envuelta
Moribunda revuélcase Nahuelta!

X.

EL PADRE I EL AMANTE.

«Nada me resta, nada!
De la ventura mia
La última esperanza
La suerte me arrancó!
Era el recuerdo bello
Del mas hermoso dia,
Que este mar de lágrimas
Mis horas alumbró.

«Era la viva imájen
De una adorada esposa,
El solo i bello fruto
De un desgraciado amor ;
Era la casta estrella
Que daba, bondadosa,
A mis tinieblas lóbregas
Su plácido fulgor.

«Era el rayo postrero
De un sol resplandeciente,
Que mis sombrías nubes
Lograba esclarecer.
Dolido de mis males,
Sobre su bella frente
Detuvo Dios mi última
Sonrisa de placer!

«Era el asilo blando,
El abrigado puerto,
Donde de mis borrascas
Vine a encontrar la paz.
Era mi luz querida,
La flor de mi desierto:
Señor, todos tus dones
Sobre esa bella faz!

«Yo nada mas tenia,
Yo nada mas amaba,
Señor, venturas solo
Para ella te pedí!
I siempre te decia
Cuando en silencio oraba:
Dale, Señor, las dichas
Que me negaste a mí!

«¡ ahora.... o Dios! ahora....»
I en este pensamiento
El venerable anciano
Que meditaba así,
Detúvose espantado,
I con amargo acento
De angustia, dijo: «Ahora,
Ya todo lo perdí!»

Los ojos alzó al cielo,
I de ellos desprendidas
Dos lágrimas cayeron
A su rugosa faz.
Era el adios postrero
Que daba a sus perdidas,
Esperanzas de dicha,
De bienestar i paz!

Como un cadáver pálido,
Sombrio i macilento,
Triste i mudo, Fernando
Estaba enfrente de él:
Sus lábios entreabria
Su fatigoso aliento,
I entre sus manos trémulas
Estrujaba un papel.

El infeliz pensaba:
«Cómo ella, mi Maria,
El ser mas hechicero
Que el Creador formó,
Ella tan inocente
I pura.... ella.... mentia!
Los ángeles engañan!
No puede ser, no, no!....

«Ah! decidme que ha muerto,
Que a mis amantes brazos
La arrancado una horrible
I bárbara maldad;
Mas no me digais que ella
Ha roto nuestros lazos:
Si mintió, creer no puedo
Que existe la verdad!

«Pero esta carta: ¿en ella
No miro su falsia?
La pérfida no dice
Que sigue a su amador?
¡Nos engañaba a todos!
I al verla, se creeria
Que la animó una dulce
Sonrisa del Creador.

«Hacer parte de mi alma,
Seguir mi pensamiento,
No apartarse un instante
De aqui, del corazon,
Amarla tanto, tanto,
I engañarme.... ¡Oh tormento!
Como arrancar del pecho
Tan funesta pasion!

«Es algo de mí mismo,
La parte mas querida ;
¿La mitad de mi alma
Cómo arrancar de aqui?
No puedo, oh Dios, no puedo!
Tomad, tomad mi vida;
¡Rómpase en fin el cáliz,
Si todo lo perdí!»

Un moribundo, triste
I lánguido lamento,
De sus ideas lúgubres
El curso interrumpió:
I el padre i el amante
Detienen el aliento,
I un ¡ay! mas pronunciado,
De nuevo se escuchó.

Los dos tornan al punto
Sus miradas al lecho
En que Nahuelta exánime
Estaba en un rincon;
I trémulos se avanzan,
Las manos sobre el pecho,
Queriendo los latidos
Ahogar del corazon.

Ella los ojos abre,
Los mira, se incorpora
Sobre el lecho, i esclama:
«Fernando! ¿Estas aquí?
Con que era solo un sueño....
Dáme agua.... me devora
La sed.... no se que tengo,
Ni lo que pasa en mí.

— «Habla, habla, Nahuelta,
¿En dónde esta Maria?»
El padre i el amante
Esclaman a la par.
— «Maria.... pobre niña....
Es cierto.... no sabia
Que ese perro extranjero
La quisiese engañar.

— «Mas, dónde está?—Lloraba
Ah, si, lloraba tanto...
—Oh! por piedad, Nahuelta,
María ¿en dónde está?
—Ya me acuerdo... los indios
Del Valle del Encanto
Tambien con él vinieron,
Pero.... se fueron ya.

— «I mi hija?—Son feroces,
I cuando él dió un silbido...
—I María?—El la lleva,
El infame, corred!
—Pero, quién es? Adónde?
—Estaba enfurecido
I rabioso...—Su nombre!
—Dáme agua, tengo sed.

—«Ah! por piedad, Nahuelta,
En dónde está mi hija!
¿I el raptor?—I el amante?
—Responde por favor.»
Cual saliendo de un sueño
Nahuelta entónces fija
Una mirada en ellos
De angustia i de dolor,

«Habla, habla, Nahuelta,»
Con ansiedad que aumenta
Le dicen ambos, i ella
Su mano les tendió:
I en voz entrecortada
I lánguida, les cuenta
Lo que en esa mañana
En el bosque pasó.

Don Lope sollozando
Esclama delirante:
«Pobre, pobre hija mia!»
En su dolor crüel,
E inclina la cabeza,
Cual si en aquel instante
El peso de cien años
Se desplomase en él.

Fernando, mudo, sufre
Aquel golpe inhumano,
I de esperanza un rayo
En sus ojos se vé.
Despues, resuelto toma
La mano del anciano,
«No desmayeis,» le dice,
«La amo i la salvaré.»

Los hieré el mismo golpe,
Mas no de igual manera ;
Porque todo es diverso
Segun de do se vé.
Si la vejez desmaya,
La juventud espera,
I al porvenir se lanza
Con entusiasmo i fé.

XI.

EL VALLE DEL ENCANTO.

Inmensa hoguera en el ocaso enciende
Con los destellos de su roja frente,
El sol, que esplendoroso al occidente
Con reja pompa i majestad descende.

Despues, su brillo i su fulgor perdido
Se van desvaneciendo a la distancia,

Cual las dulces memorias de la infancia
Entre las nieblas del callado olvido.

I un rayo apenas de indecisa lumbre,
Escaso resto de la inmensa hoguera,
En la frente del Andes reverbera
Pálido, hiriendo su nevada cumbre.

Las sombras, que se avanzan lentamente
Ocupan la mitad del horizonte,
I los añosos árboles del monte
Al soplo oscilan de amoroso ambiente.

Vagos rumores, lánguidos suspiros,
Notas de melancólica armonía,
Son el adios, que al lumínar del día,
El aura lleva en caprichosos jiros.

Es la hora del amor i del recuerdo,
La hora de los proyectos halagüeños,
La hora en que en el mundo de los sueños
Con deliciosa languidez me pierdo.

Hallo en esa hora, que a la tierra viste
Con su manto indeciso, 'algo mui grave :
Algo como el amor dulce i süave,
I algo como la muerte amargo i triste.

Respiro con delicia el aura mansa
Que se desliza armónica i serena ;
I como el labrador de su faena,
Mi fatigado espíritu descansa.

Vuela mi pensamiento a lo que ha sido
Evocando dulcísimas memorias,
Que flotan, cual visiones ilusorias,
Sobre los mares del eterno olvido.

Mi alma en lo infinito se espacia,
I desplegando sus doradas alas,
El orbe viste de lucientes galas
Voladora, mi alegre fantasía.

I a cada luz que muere i desaparece
Un aereo castillo se deshace ;
I a cada estrella que en el cielo nace,
Otro castillo se levanta i crece!

Esa hora siempre el corazón prefiere ;
En ella mi alma es libre, i en mi seno
Es todo tan grandioso, noble i bueno.
¡Yo vivo entónces cuando todo muere!

Yo vivo entónces entre bellas flores,
Que grato aroma en mi existencia vierten ;
Mis sueños toman forma, i se convierten
En realidad quiméricos ameres.

De fantásticos seres me rodeo,
I dejando vagar mi pensamiento,
En la bóveda azul del firmamento
En letras de oro mis estrofas leo.

Mas ya las sombras que la tierra envuelven
Las luces moribundas desvanecen,
I mis bellos fantasmas desaparecen,
I a sus mansiones misteriosas vuelven.

La parda sombra, que la tierra viste
I los objetos en redor confunde ;
Siento tambien que en mi alma se difunde,
I en la tierra i en mí, ya todo es triste!

I entónces vienen a anudar los lazos
Que nos unieron, esos puros seres,
Que partieron conmigo sus placeres,
I que la muerte arrebató a mis brazos!

Por vosotras ¡o sombras! se levanta
Al cielo mi oracion. Vuestro cariño
Me protejió en la tierra desde niño,
Como a una tierna i delicada planta.

Enfermo, triste, i siempre amenazado
De un mal que al cementerio lleva en breve,
Del mal, que jóven al sepulcro debe
Llevar mi cuerpo débil i estenuado ;

Siempre os hallé solícitos i amantes
Junto a mi lecho de dolor i duelo,
Un bálsamo de amor i de consuelo
Vertiendo nobles, fieles i constantes.

Pero ante todas tú, sombra adorada,
Que revives en mi alma, ¡madre mia!
De nuestra infancia bondadoso guia,
Tan pronto a nuestro amor arrebatada!

Tú vienes melancólica i doliente,
I dulce, tierna, bondadosa i bella
Yo te veo mirarme en cada estrella,
Que atrae mis miradas i mi mente!

Siempre mis pasos en la vida guias,
I cariñosa alientas en mi seno
El amor por lo bello i por lo bueno,
Como lo hiciste en mas felices dias.

De vosotras, o sombras! me rodeo
Cuando la luz en el ocaso espira,
Vosotras dais acentos a mi lira,
I la fiebre calmais de mi deseo.

Vosotras sois el talisman que llevo
En las tormentas de la vida humana;
Con vosotras mi espíritu se hermana,
I con vosotras al Creador me elevo!

¡No temais el olvido! puro, santo,
Lo mismo en mi dolor que en mis placeres,
Guardo vuestro recuerdo, nobles seres,
¡Jamás olvida quien ha amado tanto!

.....
.....

Ayer tarde escribí lo que antecede
De este undécimo cuadro, lector caro,
Dejándome llevar, cual me sucede
A veces, de mi humor un poco raro :
Hoi al volverlo a leer, he dicho: quede,
Que aunque algo de mi cuento me separo
En esa digresion, tambien es justo,
Ya que no doi a otros, darme gusto.

A mas, yo amo la tarde, i cuando versos
Escribo, siempre algunos le dedico.
Acaso tú los hallaras perversos;
Pero yo en ellos lo que siento esplico.
I no espero en verdad fallos adversos
Cuando esa pobre descripcion publico,
Porque si no es brillante ni hechicera,
Puedo al menos jurarte que es sincera.

Yo amo la tarde: el libro de mi historia
Abre mi corazon a su luz vaga,
I de una en otra imájen ilusoria

Mi pensativo espíritu divaga,
Me da sueños de amor, sueños de gloria,
I muchas veces, hechicera maga,
Ha tornado el dolor del alma mia,
En dulce i celestial melancolia,

Mas te engañas, lector, si te figuras
Que soi de esos románticos llorones
Que andan siempre cavando sepulturas
Para enterrar sus muertas ilusiones,
De esas necias i pobres criaturas
Que a trueque de llenar unos renglones,
Maldicen la virtud i la inocencia,
Debiendo maldecir su intelijencia.

Yo no soi de esos Byron de quince años
Que, salidos ayer de las escuelas,
Hablan ya de dolor i desengaños:
Dolores puede ser, pero de muelas,
Que llaman la mujer pozo de engaños,
Pisoteando su honor como las suelas
De sus zapatos, solo porque fiera
Se les mostró talvez su lavandera.

No soi de esos románticos señores
De amargas decepciones i almas secas,
Que nos cuentan rabiando sus dolores

En frases retumbantes, pero huecas.
Quiero mas pensamiento i menos flores ;
I si tu de romántico no pecas,
Lector, puedes decirles sin figuras,
Que mas vale callar, que hablar lesuras (1).

Conozco bien que el sentimiento inspira,
Que mui dulce i mui plácida resuena
De los poetas en la blanda lira,
La cuerda del dolor o de la pena;
Que es simpático siempre el que suspira,
Que el sentimentalismo es cosa buena;
Pero no exajerado i revestido
Con flores de mal gusto, i sin sentido.

La sencilla verdad del sentimiento,
De un alma pensativa la ternura,
La dulce vaguedad del pensamiento,
Me inspiran una plácida dulzura,
Mi melancólico, íntimo contento,
Como el que dá un recuerdo de ventura,
De esos bellos recuerdos, que en secreto
Guardamos con amor i con respeto.

(1) Sé que esta palabra no está admitida en el diccionario español, ni aun usada en España : entre nosotros significa lo mismo que *tonterias*.

Profundidad i sencillez me gusta
Hallar en bellas i acabadas frases
En que a la idea la dición se ajusta,
I clara muestra sus diversas faces.
Pero el lujo ortográfico me asusta,
Con los huecos sonidos no hago paces ;
Porque la afectacion es la carcoma
Del jénio, del estilo i del idioma.

No es que pretenda de purista echarla
Si en tono tan dogmático me espreso :
Esa gloria jamas pienso alcanzarla,
I sé mui poco para hablarte de eso.
Lo que he dicho, lector, es pura charla,
Es solo mi opinion, que en un acceso
De mal humor i de franqueza cuento,
Pues cuando escribo, digo lo que siento.

Pero basta, i sigamos la leyenda.
Sigamos a Fernando, que entre tanto
Por desusada i escondida senda
Se dirige hácia el Valle del Encanto.
Lleva en sus ojos del amor de la venda,
Qué puede amedrentarlo o darle espanto?
Nada, que busca de su amor la joya,
I por una mujer se incendió a Troya.

¡Mujer, mujer, mujer! el hombre vano
Que a veces es brutal en su rudeza,
Desconoce tu encanto soberano,
I humilla i pisotea tu belleza ;
Pero se trueca en siervo tu tirano
Cuando anubla tu rostro la tristeza,
I entónces sus rencores abandona,
I hasta su abatimiento te perdona.

Algun dia talvez, mujeres bellas,
Os contaré una lamentable historia:
Una historia de amor, que tristes huellas
Ha dejado en mi alma i mi memoria.
A la pálida luz de las estrellas
Yo evoco aun la imájen ilusoria
De esa pobre mujer, que en su abandono
De todo se olvidó.... ¡ yo la perdono!

Cuando la hallé, su rostro parecia
Una promesa de los cielos : era
Su voz una celeste melodía,
Un manto su sedosa cabellera :
Yo jóven, casi un niño, la creia
Tan pura como hermosa... ¿Quién creyera
Que en ese cuerpo de ángel.... mas corramos
Un velo a lo pasado, i prosigamos.

Avanzaba Fernando con sus jentes
Que eran como veinte hombres, bien montados,
Todos robustos, jóvenes, valientes,
I en las lides de Arauco ejercitados.
Todos contaban lances diferentes
De esos fieros combates ignorados,
De que teatro tan frecuente era
En los tiempos de que hablo la frontera.

Así marcharon largo rato : el guia
Se detuvo por fin en un estero,
Que silencioso i plácido corria
Cortando a los viajantes el sendero :
Fernando que de cerca le seguia
Detuvo al mismo tiempo su trotero,
«I bien, dijo, llegamos?—Sí, señor,
—¡Ea! muchachos, ánimo i valor!»

I clavó espuelas al corcel brioso
Que en dos saltos estuvo al otro lado.
Todo en calma yacia : silencioso
Estaba el bosque inmenso i dilatado:
Solo el zéfiro errante i quejumbroso,
Cual suspiro de un pecho acongojado,
Murmuraba al pasar en sus oidos
Melancólicos ayes i jemidos.

Majestuoso es el Valle del Encanto!
Todo en él calma i soledad respira,
I su aspecto solemne, noble i santo,
Grandes ideas a la mente inspira.
Es uno de esos sitios en que el llanto
Es espontáneo i dulce, en que se mira
La grata paz que en su recinto encierra
Como el supremo bien que hai en la tierra.

Esos árboles, viejos como el mundo,
Que al cielo erguidos su cabeza elevan,
Esos arroyos, manantial fecundo,
Donde su sábia sin cesar renuevan ;
Ese silencio plácido i profundo,
El alma absorven, i la mente llevan
En vuelo blando, a la rejion querida
Que vimos en la aurora de la vida.

La tradicion en sus anales cuenta
De ese valle la historia milagrosa :
Dice que en él un jenio se aposenta
I en su silencio i su quietud reposa.
Pero que ruje airada la tormenta,
I brama el huracan, cuando alguien osa
Con gritos, voces o algazara estraña,
Los ecos despertar de la montaña.

Por eso los viajeros observaban
Un estricto silencio. Trasponia
Ya la luna las cumbres, i alumbraban
Sus ténues luces, la enramada umbria.
A lo léjos los hombres alcanzaban
Una luz que a interválos se veia,
Como una estrella de fulgor dudoso,
Brillar del valle en el confin hojoso.

Por fin ya cerca de unas chozas llegan,
I las armas aprestan : palidecen
Todos los rostros : hacia atrás se pliegan
E involuntariamente se estremecen :
Un paso mas a adelantar se niegan,
Aunque los enemigos no aparecen ;
Pero un sordo rumor de armas i voces
Los hace creer acaso mas feroces.

Un largo grito en derredor resuena
De repente terrible i pavoroso,
Que el eco ensordeciendo, el aire atruena,
I el ánimo despierta belicoso :
Una descarga de mosquetes suena,
I se traba un combate tan furioso,
Que a juzgar por los golpes i los gritos,
Los guerreros creyéranse infinitos.

Fernando entre ellos su valor ostenta,
Mil golpes descargando a todos lados ;
Donde hai mayor peligro se presenta,
I ayuda a sus colégas esforzados :
Todo su ardor i su coraje intenta ;
I ya los araucanos rechazados
En varios choques, buscan de su vida
La salvacion, en vergonzosa huida.

Sobre un caballo en tanto desmayada
Un indio lleva a la infeliz María.
Jerman lo sigue echando una mirada
A aquellos que con tanta valentía
Protejen su cobarde retirada ;
Mas Fernando, a quien nada detendria,
El traje a ver de su adorada alcanza,
I veloz como un rayo se abalanza.

De un golpe en tierra a su enemigo tiende,
I le arrebatata al punto su querida:
Jerman le ataca con furor: defiende
Él entónces su amor, mas que su vida:
Pero Jerman en nuevo ardor se enciende
I abre a Fernando una anchurosa herida;
El vacilar se siente, cree que un velo
En sus ojos se esparce, i cae al suelo.

Diabólica sonrisa en el semblante
Se mira de Jerman; pero un momento
Solo goza del triunfo, i un instante
Dura no mas su criminal contento.
Al levantar los ojos, vé delante
Dos hombres que le atacan con violento
E impertérrito ardor. Resistir quiere;
Pero a sus golpes furibundos muere.

Entre tanto, la luna se embozaba
En un manto de nubes, ronco el viento
En las hondas quebradas retumbaba
Con aterrante i bramador acento;
El trueno a cada instante se acercaba,
I el relámpago un tinte amarillento
Arrojaba a interválos en la arena
Teatro de aquella desolante escena.

Se despierta lanzando la tormenta
Del Valle del Encanto el jenio airado:
Ya en las cabezas con fragor revienta
De aquellos que su sueño han perturbado.
Una supersticion los amedrenta,
I esos que ante la muerte no han temblado,
Tímidos doblan la rodilla, lloran,
I del jenio del valle gracia imploran.

Uno estrecha las cuentas de un rosario
Diciendo una oracion, otro a la boca
Lleva i vuelve a llevar su escapulario,
I entre oracion i besos se sofoca;
Alguno mas sereno o temerario
Acude a Santa Bárbara, e invoca
Su favor con fervientes oraciones,
Palma bendita echando a los tizones.

.
.
.
.

Por fin se calma la tormenta: el trueno
Como vencido mas i mas se aleja,
Cesa la lluvia, el aire mas sereno
La encapotada atmósfera despeja,
Rasga la luna de una nube el seno,
I su plateada lumbre se refleja
Sobre la selva, que a la tierra arroja
Una lluvia de perlas de cada hoja.

Mas a Fernando ya i a su querida
Llevaron a una choza, i alli vieron

Con atencion su peligrosa herida,
I que no era mortal reconocieron.
Alli tornaron ambos a la vida,
I antes de hablarse, tanto se dijeron,
Que a poder espresar su dicha estrema,
Yo formara un bellísimo poema.

En brazos conduciendo a los amantes
Se pusieron en mancha. Blanca i pura
La luna iluminaba sus semblantes,
Que se perdieron pronto en la espesura.
I en aquel sitio, en donde poco antes
Jugaban tantos hombres su ventura,
La luna solo pálida ilumina
Cadáveres, silencio, sangre i ruina!

XII.

CONCLUSION.

Volvamos a don Lope. El pobre anciano
Con qué inquietud aguarda! Su alma presa
Es de un dolor profundo, que tirano
De atormentarlo sin piedad, no cesa.
Alivios a su mal no busca en vano;
Pues la desgracia que en sus hombros pesa,
Es de aquellas tan grandes, que el consuelo
Fuera un sarcasmo de su amargo duelo.

La noche se adelanta: hora tras hora
El infeliz en su infortunio cuenta
Si luce una esperanza bienhechora,
Una vision fatídica la ahuyenta;

Si ve la faz de su hija encantadora,
Un lívido cadáver se presenta;
Si su ilusion brillante se la ofrece,
Cuando la va a abrazar se desvanece.

¡Qué largas son las horas del deseo!
Esclamaba Moreto. Si, mui largas,
Mil sentencias de muerte sobre un reo
No fueran no tan insufribles cargas:
Tántalo en su suplicio, i Prometeo
En su roca muriendo, las amargas
Palabras son acaso mas sonoras,
Que se han podido hallar para esas horas.

Yo no pretendo describirlas, todo
Lo que pudiera hacer solo seria
Amontonar de aquel o de este modo
Palabras, en confusa algarabia;
I yo, caro lector, no me acomodo
A esa especie de charla, aunque en el dia
No hai discusion que deje ese terreno:
Yo quiero decir algo, malo o bueno.

Mas nada dice el infeliz anciano:
Sufre en silencio si, porque hai dolores
Tan infinitos, que el lenguaje humano
Al querer espresar hace menores.

Mas habla su actitud: su debil mano
Sostiene aquella frente, de interiores
Combates teatro, i cristalina brilla
Su lágrima postrera en la mejilla.

Hai algo de mui grande i majestuoso
En un mortal que la desgracia hiere:
Se puede no admirar un ser dichoso,
Un desgraciado se respeta i quiere:
El infortunio abate al vanidoso,
El de alma débil en sus brazos muere;
Pero el de un alma grande, si padece,
I sufre mas talvez, mas se engrandece.

Asi ese anciano es majestuoso i noble.
En ese triste i solitario estado,
Semeja un viejo i deshojado roble
Que el huracan i el viento han respetado,
Llevándole ambos en su furia doble
Sin dejarle uno solo a los que ha amado;
De manera, que el sol que lo ilumina
Ve en él el jenio de su propia ruina.

Para llenar su cáliz una gota
Falta, no mas de tan amarga hiel:
El náufrago que ve su nave rota
Se ampara de los restos del bajel:

Asi en la angustia que su mente embota
El solo piensa en Dios, porque solo él
Puede guardarle la última i querida
Hoja del árbol de su triste vida.

Nahuelta en un extremo de la pieza
Sobre su lecho ensangrentado se halla:
De cuando en cuando eleva la cabeza,
Mira a don Lope, i suspirando calla.
Todo es silencio, soledad, tristeza!
Parece aquel un campo de batalla
Donde solo conservan la existencia
• Dos seres, el dolor i la demencia!

Mas, ¿qué rumor? qué grito de alegría
Hiere el aire, el silencio perturbando?
¿Quién se atreve a insultar tanta agonía,
Alegres voces en el bosque dando?
Son ellos.... sí.... son ellos!.... es María,
Que entra, los brazos a su padre echando,
I dice : «¡Padre! padre! « inmóvil, frío,
El solo decir puede : «¡Dios!.... Dios mio!»

Despues la oprime con pasión al pecho,
Besamil veces su adorada frente,
I así enlazados por abrazo estrecho
De lágrimas derraman un torrente,

Como para el dolor, tambien se han hecho
Para el placer las lágrimas, se siente
Que estallaria el corazon con tanto
Gozar en un momento, sin el llanto.

Faltan palabras a mi torpe pluma
Para poder pintar como debiera
El gozo inmenso, la ventura suma,
Que aquel momento de placer les diera.
Como el exceso del dolor, abruma
De la dicha el exceso; en ella entera
El alma reconcentra su existencia
Sin voluntad, memoria, ni conciencia.

.
.
.
.

Algun tiempo despues, i una mañana
En que sereno el sol en la enramada
Vierte con profusion el oro i grana
De su frente brillante i nacarada;
De casa de don Lope sale ufana
Una alegre i modesta cabalgada:
Al frente van Fernando con María,
Que ellos se juntan cuando Dios los cria.

A recibir las santas bendiciones
Van a la iglesia del lugar vecino :
Como han unido ya sus corazones,
Van a unir para siempre su destino.
No sé si en semejantes ocasiones
Hablar, mas que callar, es desatino :
Van tan bellos, alegres i dichosos,
¡Que Dios los haga pues buenos esposos!

En achaque de goces, lector mio,
No siempre jenerosa se ha mostrado
Mi buena suerte ; pero yo me rio
A veces como tú de lo pasado ;
En cuanto al porvenir, en él confio,
I espero que me saque de este estado,
Mas como espera el pueblo agradecido
El bien bajo el gobierno establecido.

Mas, miéntras llegan esos bellos dias,
Feliz, como es un rei sobre su trono
En estos tiempos, compondré elejias
En varios metros i en diverso tono ;
Cantaré mis pesares i alegrías,
Que tú podrás tener si el corto abono
Quieres pagar de suscripcion : con esto
De emociones tendrás un buen repuesto.

Aunque decirte *adios* me es doloroso,
Yo estoi de buen humor, como el viajero
Que ha terminado un viaje peligroso,
Por eso te hablo en tono tan lijero ;
A mas, he hecho mas de un ser dichoso
Al terminar mi narracion, i quiero
Gozar mirando alegres los semblantes
De don Lope, Nahuelta i los amantes.

¡Ellos fueron felices! su existencia
Léjos del mundo i su bullicio vano,
Se deslizó en la paz de la inocencia,
Como un arroyo por el verde llano.
María derramó con su presencia,
Su dulzura i bondad, un soberano
Encanto en torno, i cuantos la trataron
Flor de la Soledad la apellidaron.

FIN.